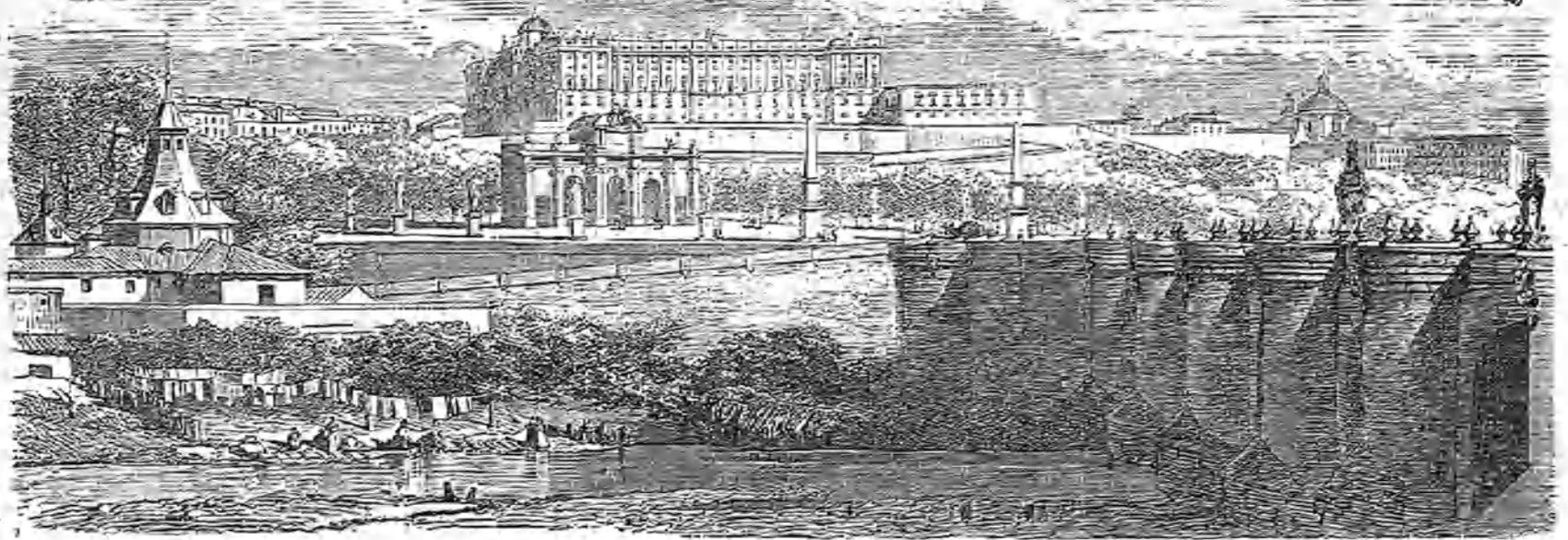


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 27 DE ABRIL DE 1870.

NUM. 8*

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—El conde de Villamediana, apuntes sobre su vida y escritos, por D. Manuel Juan Díaz.—Rodrigo, romance (conclusión), por don Francisco Luis de Reyes.—Solar de la casa del Cid en Burgos, por D. G. Recquer.—Convento de las Salas Reales en Madrid.—En el cuerpo de un amigo, novela diabólica (continuación), por D. José Fernández Brennan.—D. Antolin Monescillo, obispo de Jaen, por E.—Teatro, por D. Antonio Sanchez Perez.—Al gorrión voluntario de la itabana, elegía latina y traducción, por D. Mariano Zucarias Castro.—Salones, por D. R. Chiso de Guzmán.—Arte de hacer comedias, por don Fernando Martínez Peñosa.—Tradiciones asturianas, Mari-cuchilla, por D. Luciano Garcia del Real.—Sucesos de Cataluña.—Modas, por doña María del Pilar Siqués de Marco.

GRABADOS.—D. Antolin Monescillo, obispo de Jaen, fotografía de Laurent.—Sucesos de Barcelona, aspecto de la barricada de Sans momentos antes de ser atacada por las tropas.—Aspecto de la plaza del Padró antes de romper el fuego.—Quemó de los documentos de la estadística en gracia, croquis tomados del natural y remitidos por D. J. Pellicer.—Bomba química para apagar los incendios.—Prueba de la bomba química, dibujo de R.—Solar de la casa del Cid en Burgos, fotografía de Laurent.—Convento de las Salas Reales en Madrid, del mismo.—Modas.

ECOS.

Confieso que no soy de los más asustadizos cuando se trata de fenómenos sociales; y sin embargo, el anuncio de una huelga general de obreros me impresionó tanto, que caí en la melancolía más profunda. Para que el lector comprenda bien la lógica con que se produjo en mí aquella tristeza, basta una exposición de los hechos muy ligera. Las consecuencias de la huelga se presentaron á mi espíritu en sus mayores proporciones: á mi espíritu, que había disfrutado un reposo de muchos días; á mi espíritu, que en el momento de leer el aterrador pronóstico, estaba entregado á un reposo oriental y aristocrático. La holganza de los obreros me producía un trabajo; aquellos hombres desocupados me preocupaban.

Me parecía una tiranía insostenible, y también un contrasentido, que tanto

dieran que hacer los artesanos extranjeros sólo por obstinarse en no hacer nada.

«Las huelgas, dije entre mí, son muy antiguas, porque la historia del hombre empieza en el Paraíso con unas vacaciones. Holgaron los romanos cuando apoderándose del mundo pudieron depositar en los extranjeros todo género de trabajos, que éstos aceptaron para justificar el epíteto de bárbaros: holgaron las clases privilegiadas en la Edad Media: holgaron los españoles en todos tiempos, y la palabra huelga encierra una idea de descanso y alegría.»

Estas reflexiones que hice para tranquilizarme quedaron pronto destruidas por otras de más peso.

«Si la huelga general de los obreros se efectúa, continué discutiendo, ¿qué será de los perezosos? ¿Qué de los hombres sin oficio? Urge á éstos publicar grandes volúmenes ponderando las excelencias del trabajo.»

Declaro que la suerte de tales gentes no me desconcertaba tanto como la idea de encontrarme un día con dinero y sin zapatos, sin tela para forrarme una levita y forrado de billetes.

Como los españoles usamos libros franceses, nos vestimos de telas inglesas, y sólo usamos objetos extranjeros, la huelga, que felizmente no se ha verificado, me llenaba de angustia.

Si la amenaza se hubiese limitado á las fábricas y talleres nacionales, la huelga no hubiera tenido gravedad ninguna. En España ya estamos acostumbrados á las huelgas.



DON ANTOLIN MONESCILLO, OBISPO DE JAEN.

Los servicios que el perro ha prestado al género humano durante tantos siglos, empiezan á tener su recompensa. Ya en Inglaterra, perros de capacidad reconocida disfrutan ración diaria y habitación y botica gratis en las oficinas de policía, como agregados subalternos.

En Boux (Alto Garona) la autoridad descubrió recientemente un asesinato con auxilio de un perro. La rehabilitación de la raza canina ha comenzado. Día llegará en que se conceda la cruz de Beneficencia al perro que salva á un naufrago, ó obtenga el premio de Montyon alguno de esos perros sabios que mantienen con su trabajo á una familia.

El perro, agente de policía en Londres, puede producir en los libros de aquella dependencia esta curiosa nota estadística referente al estado sanitario:

«Lista de los agregados subalternos que han rabiado en el último trimestre.»

El crimen descubierto en Boux, gracias á un perro inteligente, ha producido gran escándalo.

Se trataba de un sastre asesinado en un figón; el tabernero, no sabiendo cómo deshacerse del cadáver, discurrió el medio diabólico de que sus parroquianos le sacasen á raciones fuera de la tienda.

Hasta en sus crímenes manifiesta el hombre su grandeza y se distingue entre los brutos. La hiena desentierro a los muertos para devorarlos; la culebra se traga vivos a los animales. El hombre mata al hombre y luego guisa su cadáver.

Cuando se hizo público en Roux aquel horrible suceso, uno de los consumidores de la taberna tuvo un escrúpulo de conciencia.

Había comido al fado en la tarde anterior una ración de costillas.

El pobre hombre, después de purgarse y de consultar el caso consigo mismo concienzudamente, salió de su casa, y acercándose con timidez a una reja, dejó en la ventana de la viuda medio franco.

Víase, pues, cómo las cosas más absurdas pueden muy bien verificarse.

Nada tendrá de particular que el día de mañana diga la viuda a cualquiera de sus hijos, después de saludar con afecto a los vecinos:

—Esos señores tan buenos, que viven enfrente, se casaron a tu padre.

Afortunadamente para la humanidad, después de referir tan sangriento episodio, puedo dar una noticia consoladora.

Si un malvado vierte la sangre de su prójimo, en cambio un filántropo acaba de descubrir un nuevo bálsamo que cicatriza las heridas.

El hemostático ensayado en el cuartel de San Gil últimamente obtuvo los más felices resultados, y según los inteligentes, sucede en cualidades coagulantes a todos los bálsamos conocidos, exceptuando el de Pierabrás, si bien éste tenía la contra de no poderse aprovechar sino para los caballeros andantes.

He oído acerca del inventor del maravilloso elixir una anécdota curiosa.

Fué a visitarle un amigo a su laboratorio, y mientras éste examinaba algunos objetos, el sabio cogió un hacha y le decapitó de un sólo golpe; después asiendo la cabeza por los cabellos, la contempló con ironía dirigiéndola crueles chanzonetas.

Sabido es, el Dr. Pinel lo afirma, que las cabezas bien cortadas viven y piensan diez minutos; la víctima dirigía a su matador miradas rencorosas: le llamaba asesino con los ojos.

El sabio se burlaba de la cabeza haciéndola cosquillas en la frente.

La cabeza se desesperaba por no tener con qué rascarse.

Esta escena duró cinco minutos, al cabo de los cuales el autor del hemostático unió la cabeza y el tronco, y rociando la herida con el bálsamo, dejó a su amigo tan sano como cuando subía la escalera.

Se cuentan otros muchos prodigios sobre la virtud del hemostático.

Si un día veis en el Prado un tronco humano que se pasea con la cabeza bajo el brazo, no os sorprendáis.

Es el autor del bálsamo, que quiere dar un susto a las señoras.

Todos los periódicos reproducen la relación de un viajero, en que se da noticia de una familia de Cabell (Virginia), cuyo jefe tiene 105 años, su mujer 103 y 83 el mayor de sus 14 hijos; sumados los descendientes de aquel fecundo matrimonio, forman un total de 364, que se multiplicará todos los años.

Un día el patriarca y su mujer estaban en compañía de sus hijos mayores, cuando entró en la sala un señor de cien años, compañero de infancia del dueño de la casa: hablaron primero de Washington, y de Franklin, y fijándose en lo presente, empezó a contar el reciente un caso de divorcio.

A las primeras palabras de aquella conversación peligrosa, el padre de familias hizo salir a sus hijos, que se retiraron apoyados en sus báculos.

—Eres un imprudente, dijo a su amigo el venerable yankee; esas cosas no se pueden decir delante de los chicos.

El ejemplo de longevidad que he citado, no deja de ser frecuente; pero no así el que atestiguan un epitafo de la abadía de Westminster.

Tomás Parr, cuyos restos están allí sepultados, vivió 162 años, desde 1483 a 1645, viendo en el trono a diez reyes de Inglaterra.

La vida de la mujer es más corta que la del hombre, según las estadísticas.

Pero este dato puede alarmar a mis lectoras, y voy a dar una explicación natural y verosímil.

Como la mujer acostumbra a beutar cierto número de años, las estadísticas que se refieren a su edad, deben estar equivocadas.

Continúan los adelantos.

En York acaba de construirse el mayor telescopio refractor que se conoce.

Va a ensayarse en los Estados-Unidos un vehículo eléctrico.

El ingeniero Bateman trata de unir a Francia e Inglaterra con un túnel que transporte trenes por medio de la presión neumática.

En Londres se ha publicado un mapa gigantesco de Inglaterra.

En París se hacen escavaciones para descubrir un circo romano.

Y en Madrid han empezado ya las corridas de toros.

Hace pocas noches, pasando por la calle del Barquillo, tuve que oír un diálogo animado entre un padre y su hijo.

El primero trataba de inculcar al segundo la idea de evitar el trato de los amigos viciosos; el joven procuraba inútilmente distraer al autor de sus días para que variase la conversación con otra más amena.

Por décima vez repetía el buen señor su catilinaria contra las amistades que pervierten a los jóvenes, cuando llegamos todos a la Plaza del Rey.

El mozalvete, creyendo haber hallado un magnífico pretexto para concluir el sermón, dijo a su padre.

—Ahora que veo el teatro del Circo, un arquitecto amigo mío asegura que se haude.

Pero el padre contestó, siguiendo la filípica.

—El Circo, hé ahí otra víctima de las malas compañías.

Y como en este mundo todos son contrastes, a mi lado también oí esta conversación entre un soldado y una moza.

—Cuántas cosas iba a decirte con los ojos cuando dieron el toque de silencio.

—Hubiera sido inútil, porque estoy comprometida.

—¿Con un paisano? ¡eh! Mira, el paisano es un soldado que no entra nunca en caja.

—Pues yo no he de abandonarle.

—¡Salero! así me gusta: seremos dos; ahora precisamente la sal está desastancada.

Al repasar mis apuntes de la quincena, observo que he dejado para lo último una lista interminable de desgracias, heridas, suicidios, incendios, muertes repentinas, voladuras y atropellos.

El gobernador de Málaga pide auxilio a los vecinos, justamente alarmado porque diariamente ingresan en los hospitales tres heridos.

Yo creo que en tal caso el remedio mejor es la propagación del hemostático.

El emperador de Francia se ha encontrado en un grave peligro:

Una joven inglesa, perdidamente enamorada de S. M., le perseguía en teatros y paseos, esperando ablandar su corazón por medio de miradas y suspiros.

Varias veces intentó penetrar violentamente en las habitaciones reales, siendo detenida por los generales ayudantes, que se veían en el caso de hacer el papel de ayos y salvar a cada instante, no la vida, sino la virtud e integridad de su monarca.

El corazón de S. M. rechazó con heroísmo todos los ataques.

La apasionada inglesa ha sido encerrada por el delito de amar excesivamente al emperador de los franceses.

En vista del término desgraciado de sus amores, la bella desahogada puede exclamar sin ruborizarse:

—He amado con mal fin.

Un vendedor de pólvora, a quien se le inflamó su mercancía, ha sido conducido al hospital en muy mal estado. Estos sucesos no me extrañan.

Hace pocos días ví a un polvorista cargado de materias inflamables y tomando una chispa en la taberna.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

APUNTES SOBRE SU VIDA Y ESCRITOS.

Sacar a plaza los desmanes, torpezas y latrocinios de algunos gobernantes, podrá ser de utilidad pública; pero rara vez deja de causar graves males a los que emprenden tan difícil y espinosa tarea; recordemos si no, entre otros muchos, los padecimientos de D. Francisco de Quevedo y el trágico fin del conde de Villamediana.

Llamábase este personaje D. Juan de Tarsis y Peralta, hijo del primer conde de Villamediana, que prestó grandes servicios como militar en Granada, el Peñón y Oran, y sobre todo como embajador extraordinario de España en Inglaterra, y correo mayor general de los reinos de España, cargo que venía desempeñando su casa desde que el emperador Carlos V le confirió a Juan Bantista de Tarsis, oriundo de una familia noble de Italia.

Nació el personaje de que nos ocupamos en Lisboa, año de 1580, en ocasión en que sus padres habían pasado a dicha ciudad, acompañando a Felipe II, cuando fué a tomar posesión de aquel reino. Crióse en palacio, y su ingenio y gallardía le hicieron lugar con su soberano y con el príncipe D. Felipe, quien en 1598, habiendo heredado la corona de España, le llevó consigo a Valencia, donde iba a celebrar su enlace.

Para trazar estos apuntes nos hemos valido del catálogo del Teatro Español del Sr. Labarrera, y de un discurso del Sr. Hartzembusch, así como del genealogista Haro en su *Noblesza de España*. Este último refiere los servicios del conde en estos términos:

«Ha servido a S. M. en diversas jornadas; y en la de Valencia, cuando fué a celebrar sus reales bodas, con grande lucimiento, como lo hizo en Italia, dejando los pleitos y comodidades de su casa para acudir al servicio de S. M., como acudió en los movimientos de Lombardia, donde sirvió de maestro de campo, hasta las primeras paces, sobre Haste; donde no sólo mostró su valor y talento, sino que amparó con su casa y hacienda, tanto a los españoles como a los italianos; habiéndosele ofrecido ocasiones que él supo muy bien gozar, para tener entre ellos el nombre que tiene del más magnífico, magnánimo; prudente y cortés caballero que han conocido ambas naciones. Su liberalidad ha excedido los límites de su estado, pues sus dádivas, fiestas y gastos han parecido más de príncipe que de un señor particular. De sus talentos dirán cuando salgan a luz sus obras, y las que en su estimación y alabanza han hecho los más ilustres y doctos hombres de España e Italia... Pasó al reino de Nápoles, donde por sus letras, esplendor y magnificencia, fué de todos admirado, y en particular de los ingenios, que en su alabanza compusieron célebres versos... El estudio puro de las letras no le ha divertido de los ejercicios y artes de caballero, siendo en todos ellos no menos eminente; y con exquisito primor, armado y desarmado, en los torneos y en los toros y todo género de fiestas, señaladísimo.»

De sus liberalidades y grandezas en Nápoles, palenque en que tantas veces lucían las galas y las bizarrías de los caballeros españoles, nos ha dejado testimonio Cervantes en el *Viaje al Paraiso*, capítulo VIII en aquellos fáciles tercetos:

«Sea don Juan de Tarsis de mi cuento
Príncipe, porque es memorable,
Y lleguen mis palabras a su intento.
Este varón, es liberal notable,
Que una mediana-cita le hace conde,
Siendo rey en sus obras admirable;
Este, que sus haberes nunca escóndese,
Pues siempre los reparte ó los derrama,
Ya sepa adónde, ó ya no sepa adónde;
Este a quien tiene tan en sí la fama
Cuenta la alteza de su nombre claro,
Que liberal y prodigo se llama,
Quiso, prodigo aquí, y allí no avaro,
Primer mantenedor ser de un torneo,
Que a fiestas sobrehumanas le comparó.
Respondan sus grandezas al deseo
Que tiene de mostrarse alegre, viendo
De España y Francia el régio himeneo.»

También como poeta le elogia Cervantes en el capítulo II de su referida composición, llamándole:

«El más famoso
De cuantos entre griegos y latinos
Alcanzaron al furo venturoso.»

Además de las dotes que tanto ensalzaban al conde, concurrían en él otras cualidades que le hacían uno de los hombres más notables de su época, para quien las letras y las artes merecían un lugar preferente. Empleaba sus rentas en reunir armas antiguas, objetos artísticos de curiosidad y lujo, caballos y joyas de todo género. Formó en su casa una galería de pinturas, casi todas originales! Juntaba diamantes, dice Labarrera, que ha-

cia vagaster en plomo para lucimiento de la piedra y conspiciendo de su fondo. A los caballos tuvo no menor acción, y jamás vendió ninguno; los regalaba ó dejaba que muriesen en su casa.

Estaba casado con doña Ana de Mendoza y de la Cerda, de la cual había tenido algunos hijos, que murieron de corta edad; faltábale pues este lazo de familia, que á veces basta á impedir el desborde de las pasiones, aún en los hombres de más relajada vida y costumbres; pero su ingenio, que se prestaba á todo género de sátiras y epigramas, escritos con una virulencia inusitada, le arastraba por otra pendiente más peligrosa. Oigamos á este propósito al señor Labarrera. «De un carácter orgulloso, inflexible y audaz, extramado en todos sus afectos y pasiones, abrigaba un sentimiento de profunda aversión á los vicios sociales, y sobre toda á la inmoralidad de los funcionarios del Estado, que le impelia á juzgar de los hombres y de las cosas con severidad no ménos extremada y con libre y atrevida mordacidad. Este fondo de ideas y de carácter, unido á la natural agudeza de su ingenio, debía naturalmente de conducirle á emplear sus talentos poéticos en la sátira *Que á infames premios y desgracias guía*. Sátira violenta, personal, que no perdonaba á ninguno de los que ejercían cargos públicos, ó gozaban de alto influjo y favor, desde el más insignificante ministro hasta el poderoso privado Lerma y el cauteloso confesor del monarca. Si, á vueltas de todo, ocultaba el conde miras ambiciosas de elevación y de mando, no sabemos decirlo. Es lo cierto, que por la época (1618) últimamente citada, comenzó con más empeño á divulgar sus composiciones satíricas, dirigidas contra los mandarinés, escritas en tono festivo y desenfadado, y en formas populares y tal vez de intento desaliñadas, para que estuviesen más al alcance de la generalidad de sus lectores.»

Estas composiciones satíricas eran libelos infamatorios, en los que no se respetaba clase, condición, ni gerarquía, en los que se sacaba á la vergüenza pública desde el personaje más ensombreado de la corte, hasta el más humilde particular, como dice el Sr. Labarrera.

Citaremos algunas de sus más punzantes diatribas. Enristra una vez su pluma contra un alguacil de corte y le dice:

¿Qué galan que entró Verger
Con cintillo de diamantes,
Diamantes que fueron dotes
De amantes de su mujer!

Ni la desgracia estaba á cubierto de sus tiros. Rompióse el brazo D. Jorge Tobar, ministro de Felipe III, y el conde halla en este contratiempo una ocasión para llamarle judío:

¡Jorge, que de sólo alzar
El brazo, te le quebraste!
¿Qué cristiano amonestaste,
Ó á qué Cristo ibas á dar?

A D. Juan de España, amigo según parece de cenar en casa ajena, le dice:

Jura don Juan, por su vida,
Que nunca esna en su casa;
Y es que sin cenar se pasa,
Cuando otro no le convida.

Al conde de Salazar, hombre sobradamente feo, y casado con mujer que lo era mucho más, le dispara el conde esta redondilla.

Al de Salazar ayer
Mirarse al espejo sí,
Pérdiéndose el miedo á sí,
Para ver á su mujer.

En ocasión en que por sus escritos salió desterrado de la corte, lanzó un epigrama contra las damas de Sigüenza, de quienes ántes de entrar en la ciudad hubo de decir un labriego, que andaban en detentada buena armonía con los canónigos:

Llegó, leguas caminadas,
Por dar descanso á mis plantas,
Al lugar de ménos santas
Y de más *canonicadas*.

El destierro le había ordenado Felipe III. Al advenimiento de su hijo Felipe IV, hubo perdón para el conde, que regresó á Madrid por Abril de 1621; pero ¿había el destierro enfrenado su mordacidad? Véase la siguiente octava:

Llegó á Madrid, y no conozco el Pardo;
Y no le desconozco por olvido,
Sino porque me consta que es pisado
Por muchos que debiera ser pisado.
Vuelvome voluntario desterrado,
Dejando á sus arpas estruendo,
Ya que en mis propios escarmentitos hallo,
Que es más culpa el decirlo que el obrarlo.

Pasando un día por las inmediaciones de Santa Cruz, reparó en un perro de piedra que habían colocado como

remate de una fuente, lo cual le proporcionó fácil ocasión para decir algo contra los escribanos que acudían á la Audiencia situada á corta distancia de la fuente:

Tanto poder tiene el trato
De las malas compañías,
Que dentro de pocos días
Este perro será gato.

Desterraron al P. Pedrosa, predicador de S. M., por permitirse en el púlpito ciertas calificaciones que no agradaban á los magnates de la corte, y escribió el conde:

Un ladrón y otro perverso
Desterraron á Pedrosa,
Porque las predica en prosa
Lo que yo les digo en verso.

Sangriento contra todo el que delinque, no le detienen ni el infortunio ni la muerte, y escribe después de la afrentosa de D. Rodrigo Calderon el siguiente epigrama:

Aquí yace Calderon;
Pasajero, el paso ten,
Que en hurtar y morir bien
Se parece al Buen Ladrón.

Al duque de Lerma, con motivo de haberle otorgado el Papa la investidura cardenalicia, le dispara el siguiente bota-fuego:

El ladrón más afamado,
Por no morir degollado,
Se vistió de colorado.

Sobre Verger, uno de los personajes á quien más satirizaba, lanzó otro día el siguiente epigrama, que encierra una graciosísima hipérbole:

Bien las sortijas están
En los dedos, esmaltadas,
Ganadas á cabalgadas,
Como si fuera en Granada.

Con motivo de un viaje que hizo el rey á Sevilla, á tiempo que se había cebado una derrama sobre aquella ciudad, sugerida por el conde-duque de Olivares, dice el poeta:

Sacra Real Magestad,
¿A qué venis, y de dónde?
—Dígame el privado conde,
Si el que priva habla verdad.
—¿A ver la primer ciudad
Del mundo por mil razones?
—No, ni á ver sus escuadrónes,
Ni sus fiestas. —¿Pues á qué?
—Escuchad, yo os lo diré:
A setenta y dos millones.

Los versos citados, y otra multitud de sátiras á cual más punzantes y sangrientas contra chicos y grandes, siempre que en el ejercicio de sus cargos fuesen tildados por la vindicta pública, dieron al conde una celebridad que no envidiamos; pero no se le crea por eso entregado exclusivamente á esta clase de poesía, si es que poesía debe llamarse la que destila ponzoñosa baba. Dando rienda á veces á su tranquila musa, nos revela las ricas dotes de poeta que le adornan, mostrándose ya tierno y apasionado, y siempre fácil y correcto.

Véase, entre otras muchas composiciones, una muestra en el siguiente

ROMANCE.

Mal segura zagaleja,
La de los lindos ojos,
Grave honor de los arnes,
Dulce afrenta de los negros;
Si de poco amor acousas
El que estimas tus deseos,
Quien te envidia por dichoso
Le juzgará por prosero.
No de su amor desconfies,
Que será con falso acuerdo
Confesar que no te adora,
Negarle el entendimiento.
Si le favorece tanto
Su divino rostro bello,
¿Cómo ha de errar quien en todo
Tiene de su parte el cielo?
Medrosa estas de tu obra;
Que no hay en el siglo nuestro
Para tu beldad ventura,
Para tus virtudes premio.
Zagala, pues que á tu amante
Causas desmerecimiento,
Si está loco con favores,
Hazle con desdenes cuerdo.

La trágica muerte del conde dió larga materia al vulgo para atribuirle á diferentes causas, no siendo la que ménos válida corría en la lengua del vulgo el suponerle enamorado de la joven reina, esposa de Felipe IV, y aunque ciertos indicios daban algún color á esta sospecha, el tiempo ha venido después á demostrar cuán infundados eran, robusteciendo la idea entonces también arraigada en el vulgo de que la catástrofe no tuvo otro impulso que el odio despertado contra el conde entre los poderosos, á quienes tanto amargaban sus diatribas.

D. Francisco de Quevedo atribuye á tres cosas la

muerte de este personaje: *á su pluma, á su lengua, y á sus costumbres.*

Lope de Jáuregui, Gonzalo de Céspedes y otros escritores contemporáneos lo atribuyen á las mismas causas, y este mismo asegura que, poco ántes de aquella catástrofe, la cortesana ociosidad brotó vil ponzoña en Madrid, manifestándose en coplas satíricas y picantísimos libelos, que aceleraban la perdición del que pasaba por su autor en la opinión del pueblo.

Había lanzado en 1618 sus venenosos dardos contra los ministros de Felipe III, después de su caída, y cuando por esta misma razón no estaba obligado á guardar gran reserva; así es que al escribir después contra Felipe IV, su privado Olivares y toda la corte, nadie podía dudar, por más anónimos que quisiesen aparcar sus tiros, la mano que los disparaba.

¿Podía prometerse largos años de vida el que en aquellos tiempos pasase por autor de estos versos?

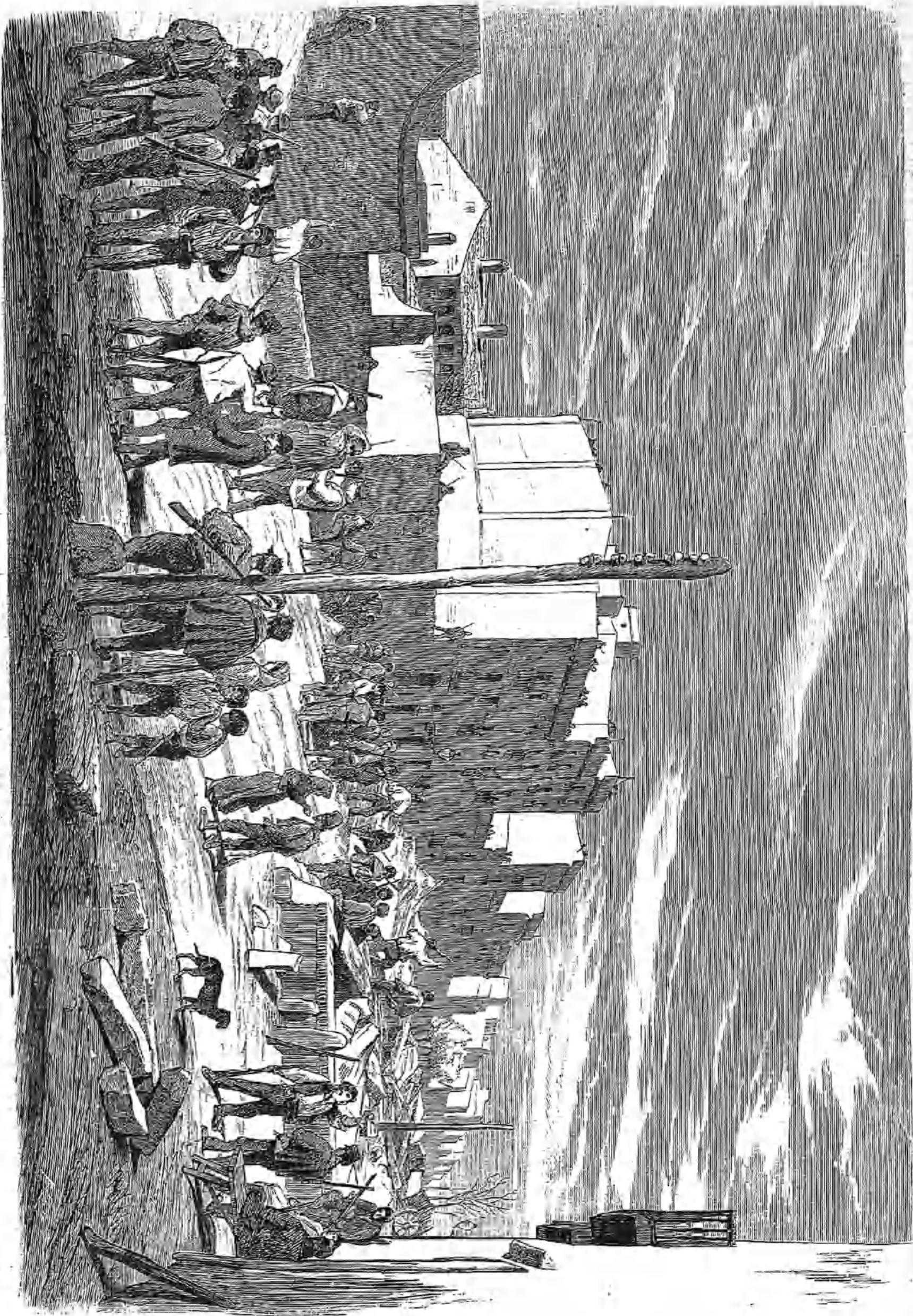
—Poderoso reyteneamos,
Cuyo nombre el mundo asombra;
—Sólo el retrato y la sombra
Por figura conocemos.
—En los reyes vale el nombre
Más que en los hombres el brava.
—En los casos hace el caso
El nombre no, sino el hombre.
—Aunque en tierra edad sabemos
Que es justiciero y feroz.
—Si lo es, sábete Dios,
Y nosotros lo que vemos.

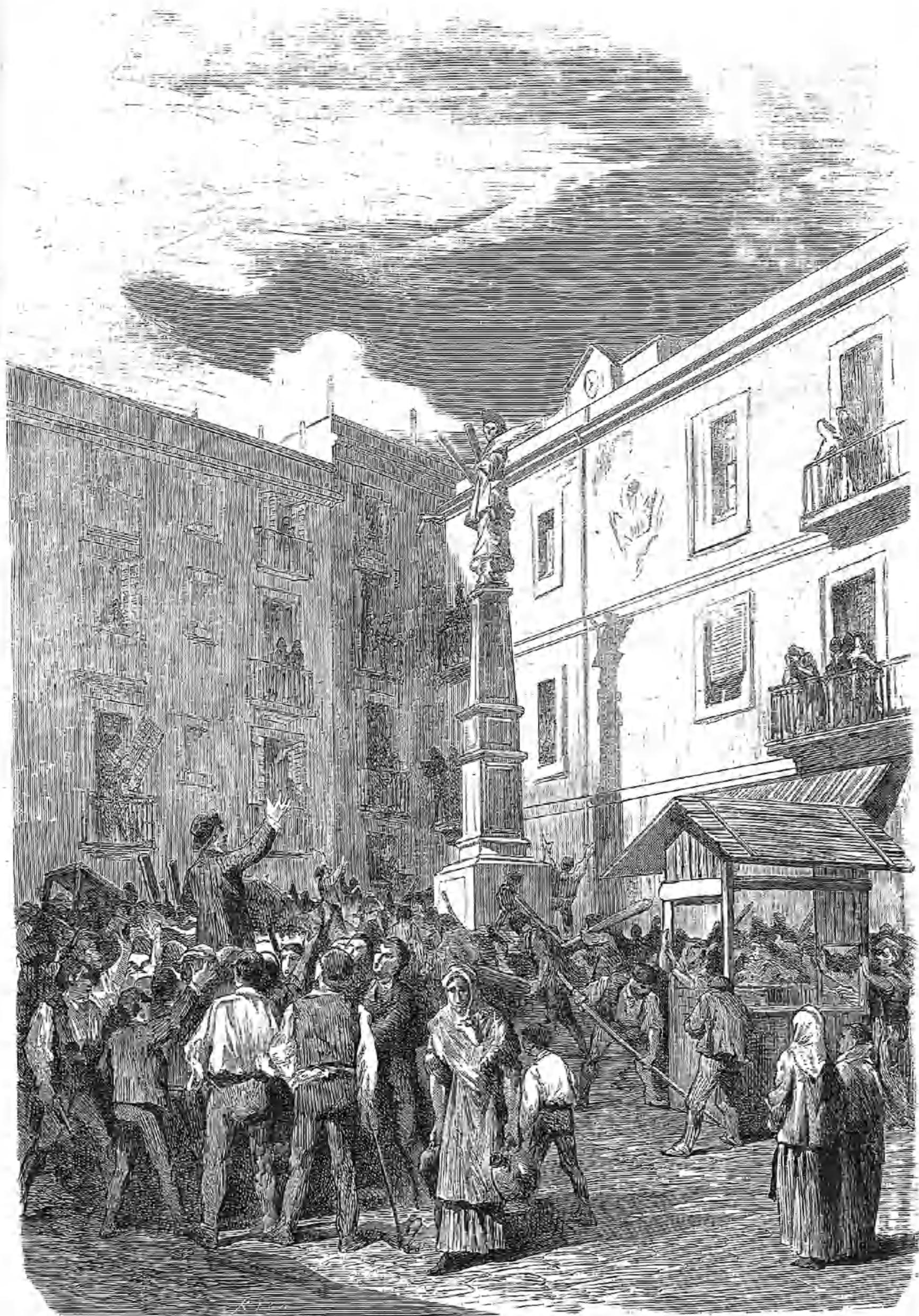
Conocidas las causas que pudieron motivar la muerte de este personaje, referiremos en breves palabras tan triste suceso.

El domingo 21 de Agosto de 1621 recibió el conde un anónimo que se conserva y no estampamos aquí por indecoroso, en el cual se le anunciaba la muerte; pero ajeno de temor, se fué á palacio en su coche y allí el confesor del ministro D. Baltasar de Zúñiga, á quien encontró casualmente, le advirtió de las habillitas que corrían y le aconsejó que se guardase, á lo que el conde le replicó con desapego que *sonaban sus razones más de esta fa que de advertimiento*, y lejos de hacer caso tomó otra vez su coche y se anduvo casi todo el día paseando en él por Madrid, acompañado de su amigo D. Luis de Haro, hermano del marqués del Carpio. Estaba anocheciendo cuando entró el coche en la calle Mayor en dirección á su casa, comprendida en el sitio que se levanta hoy la del conde de Oñate, de cuya familia era miembro Villamediana. Paseaba lo más florido de la población en aquel tiempo en dicha calle, casi toda de soporales, por el estilo de los que aún se conservan á la derecha subiendo desde la Puerta del Sol. Había, pues, afluencia de gente por todos aquellos sitios, y esto, que en parte pudiera servir de estorbo al hombre áleve que esgrima en las sombras el puñal asesino, también podía favorecer su evasión, permitiéndole desaparecer entre la multitud. Carecía entonces Madrid de alumbrado público, lo cual era otro accidente que amparaba la alevosía. En los portales que hacen esquina á la callejuela de San Ginés (hoy de Coloreros) había un hombre acechando, envuelto en una capa. En aquel instante Villamediana y D. Luis de Haro venían hablando de amores, coplas y juego, en el que el conde había estado desgraciado aquellos días, lo cual le parecía de mal agüero y le tenía algo melancólico y desabrido. Siendo el coche propiedad del conde, ocuparía éste naturalmente la izquierda y por lo tanto el lado donde le esperaba el asesino; ésto, al llegar el carruaje frente á la callejuela de San Ginés, pronunció en alta voz el nombre de Villamediana, el cual oyéndose llamar, mandó al cochero que parase á tiempo que el asesino, saliendo de su escondite, se acercaba á la ventanilla como para hablar á los que venían dentro; asomóse entonces el conde y el embozado con la profitud del rape disparó una ballestilla, cuya flecha aguda y cortante le atravesó el pecho, rompiéndole dos costillas. Al sentirse herido, abrió él mismo la portezuela, saltó en tierra y echó mano á la espada; pero la faltaban las fuerzas y el espíritu. Solamente dijo: *esto es hecho*, y dió consigo muerto en el suelo. La herida era tan fiera que dicen que por ella podía introducirse una mano, así es que el derrame de sangre fué grande, dejando presumir cortos instantes de vida. D. Luis saltó también del coche para detener al asesino, y tropezando en el cuerpo de su amigo, dió tiempo al alvoso para huir, confundiendo entre la multitud, y protegido por otros dos hombres, desapareció por dicha callejuela.

Cogieron en brazos el cadáver del conde y lo trasladaron á su casa donde á petición de su familia fué reconocido por un escribano que dió el siguiente testimonio legal de la muerte: «Yo Manuel de Pernia, escribano del rey nuestro señor, de los que residen en su corte, certifico y doy fe que hoy día de la fecha desta, á hora

SIJUCOSOS DE BARCELONA.—ASPECTO DE LA PARRICADA DE BANS MONTEPIOS ANTES DE SER ABAJADA POR LAS TROVAS.





SUCESOS DE BARCELONA.

ASPIRO DE LA PLAZA DEL PADRE JESU DE ROMPER EL PUEDO.—EL PUEBLO LEVANTA BARRICADAS CON LAS MEAS Y TRASTOS DEL MERCADO.

de las nueve de la noche, poco más ó ménos, fui en casa de D. Juan Tarsis, conde de Villamediana, correo mayor de estos reinos, al cual doy fé que conozco, y le vi tendido en una cama muerto naturalmente, que dijeron haberle muerto de una estocada en la calle Mayor, cerca de la callejuela de San Ginés. Y para que dello conste, de pedimento de la parte del conde de Oñate, di éste en Madrid á veintiuno de Agosto de mil seiscientos veintidos. Y en fé dello lo signé en testimonio de verdad.— Manuel Pernia.

(Se concluirá.)

MANUEL JUAN DIANA.

PRUEBA DE LA BOMBA QUÍMICA PARA APAGAR INCENDIOS.

El día 11, y según en la prensa se había anunciado de autemano, tuvo lugar el ensayo de la bomba química para apagar incendios, importada por D. Simon Ferran. Reservándonos tratar con el detenimiento que la importancia de este ensayo requiere en la revista científica de nuestro próximo número, como lugar más adecuado á este género de cuestiones; al ofrecer hoy un dibujo que representa el acto de la prueba y reproducir la nueva bomba, no podemos ménos de decir que, contra lo que de ordinario acontece cuando se trata de llevar al terreno de la práctica las más seductoras teorías, la prueba de la bomba química ha dado al verificarse los resultados más satisfactorios.

La numerosa concurrencia que asistió al acto, y las muchas personas distinguidas por su saber ó su posición que más directamente se interesaron en este ensayo, dándole importancia con su presencia, quedaron completamente satisfechas y convencidas de que al fin, después de tantos inútiles esfuerzos, se ha entrado en el verdadero camino que ha de conducir á la ciencia á dominar por completo uno de los elementos más destructores y terribles.

RODRIGO.

(Conclusion.)

IV.

Alzan los robustos brazos
De los hijos del profeta
Sus gloriosos estandartes
En Egipto, Siria y Persia.
En alas de la victoria
A la Mauritania llegan;
La Mauritania vencida
A su poder se sujeta,
Y su belicoso impulso
Sólo detiene y refrena
Del ancho mar turbulento
La incontrastable barrera,
Que la victoriosa planta
Más allá llevar los veda.
Por Al-Valyd, el califa
De los creyentes, que asienta
Su trono en Damasco, Muza
En el Africa gobierna.
Desde su alcázar de Tánger
Tiende la vista avarienta
Sobre las olas bravías
Del mar, que á sus pies se estrellan.
La ruda mano atezada
En la blanca barba puesta,
Y brotando por sus ojos
Del corazón las centellas,
En la conquista de España
El bizarro Muza piensa.
Lo que no alcanza su vista,
Fingelo ardiente su idea,
Y á sus ojos aparece
Aquel mundo con que sueña.
Tras los mares borrascosos
Perfilanse las riberas,
Surgen las remotas playas,
Brotan las feraces tierras
Y las fértiles campiñas,
Las sombrías arboledas,
Los anchos ríos caudales
A sus ojos se presentan.
Un paso más y su espada,
Rayo de muerte en la guerra,
Logrará nuevos laureles,
Alcanzará glorias nuevas,
Que aquellas risueñas costas
Mil maravillas encierran;
Son como el Yémen templadas
Y como la Siria bellas;

Perfumadas como la India
Con flores y con esencias;
Los del Hegiaz son sus frutos,
Las del Catay sus riquezas,
Y sus campos abundantes
Como los campos de Adea.
Abrense del aposento
Del noble Muza las puertas,
Y un negro esclavo nubiano
Hince la rodilla en tierra,
Cruza los brazos desnudos,
Dobla humilde la cabeza,
Y para hablar, en silencio
De Muza el permiso espera.
— ¡Gran emir! — por fin exclama,
Del musulman á una seña:
— Comitiva de cristianos
Nobles, según son las muestras,
Para verte y para hablarte
Abajo aguardan licencia,
Y es su señor y caudillo
El gobernador de Ceuta.
— ¡El gobernador cristiano!
Entre pues, — Muza contesta.
— ¡Qué desea el noble conde?
— Noble emir, vengar su afrenta.
— ¡Quién te ha afrontado?

— El villano

Rey que en mi nacion impera.
— ¡Cómo!
— Deshonrando á mi hija.
— ¡Por amor?
— Y por violencia
— ¡Venganza quieres?
— ¡Ruda? ¡Terrible?
— ¡Cómo ha de ser?
— ¡Venganza!
— ¡Sangrienta!
— ¡Derribando
Su corona y su cabeza.
— ¡Su nacion le dará auxilio!
— ¡Yo te la doy, ven por ella!
— ¡Medios tienes!

— ¡Poderosos!

— ¡Cuáles son?
— Mis propias fuerzas.
— ¡Y nada más?
— Del monarca
La lascivia y la soberbia.
— ¡Nada más!
— Las banderías
Que la España desconciertan.
— ¡Nada más!

— El odio fiero

Que la nacion le profesa;
Emir, la España te llama,
Yo te la doy, ven por ella.
— Atrevido es el intento
Y es arriesgada la empresa.
— No, sino fácil, yo te abro,
Emir, de España las puertas.
— Tus soldados...
— Serán tuyos.
— Tu poder...
— A tí se entrega.
— Tu valor...
— Pruebas ha dado.
— Tu lealtad...
— Está en mi afrenta.
— ¡Palabra me das!
— ¡Segura!

— ¡Sin vacilar?
— ¡Con firmeza!
— ¡Noble emir, ven por España!
— ¡Noble conde, voy por ella! —
Y unidos en fuerte abrazo
Emir y conde se estrechan:
De las costas mauritanas
Soplan vientos de tormenta.

V.

De guerra rumor confuso
A lo lejos se percibe,
Bronco estruendo de atambores,
Bélico son de clarines.
Las trompas hieren los vientos
Y los espacios repiten
Los sonidos desacordes
De atabales y añafiles.
Turbulento el Guadalete
Sus ondas revueltas hinche,

Y al mar desbordado baja
Sin términos y sin lindes.
Sobre alazanes ligeros
Que con el viento compiten,
Ceñidas con los turbantes
Las cabezas varoniles,
Con los sueltos albornoces
Que flotan al aire libre,
Los árabes vigorosos
Empujan dardos sutiles,
Alfanges al lado cuelgan,
Lanzas al costado ciñen;
Los españoles guerreros
Acero y loriga visten,
Hoces y mazas empuñan,
Hachas y espadas esgrimen,
Manejan rápidas hondas,
Lanzas de recios astiles.
Los soldados españoles
El rey Rodrigo dirige;
Tarik al árabe manda
Que se apresta á combatirle.
Apénas se dora el cielo
Del alba con los matices,
Orillas del Guadalete
Los ejércitos se embisten.
Ya en el zénit el sol brilla
Y el rudo combate sigue,
Sus sombras tiende la noche
Y el fiero ardor no se extingue;
Vuelve á bañar la alborada
Los azulados confines,
Torna otra vez al ocaso
El radiante sol á hundirse,
Y nuevamente la aurora
Por Oriente el cielo tiñe,
Sin que cese la pelea
Encarnizada y terrible.
Ya flaquea el sarraceno,
Ya cede, ya no resiste,
Ya el triunfo glorioso alcanzan
Los cristianos paladines;
Pero Tarik, irritado
Como sanginario tigre,
Los brazos levanta al cielo
La lanza blande, y les dice:
— ¡En dónde hallareis amparo,
Desventurados muslines,
El paso os cierran los mares,
Ya no hay salvacion posible,
Sino morir como bravos
O como infames rendirse.
Yo arrancaré la existencia
A su rey con brazo firme,
O espiraré ante sus ojos
Si Alá mi muerte permite.
Seguidme, pues, vencedores
De Almagreb, Guallah! ¡seguidme! —
Y parte Tarik soberbio
Buscando al rey lanza en ristre.
Como airado torbellino,
Que de su seno despiende,
Negras y preñadas trombas
En traidores arceifes,
Cual torrente desbordado
Sin barreras y sin límites;
Así el ímpetu del árabe,
Poderoso, irresistible,
Contener en vano intentan
Los cristianos adalides.
El cielo irritado manda
Que España al moro se humille,
Que al férreo yugo se doblen
Las altaneas cervices.
Del Guadalete en la orilla
Pereca aquel pueblo insigne,
Que con Leovigildo y Wamba
Lauros ganó inmarcesibles.
Del Guadalete en la orilla,
El postrero de su estirpe,
Pierde Rodrigo su trono
Por castigo de su crimen.
Su exánime cuerpo llevan
Olas que su sangre tiñen,
Deja el manto y la corona
Que el trágico fin publiquen;
Mientras al fogoso Orilla
Olor de muerte persigue,
Y en la orilla desbocado
Bafa, y eriza las crines.

FRANCISCO LUIS DE RETES.

SOLAR DE LA CASA DEL CID EN BURGOS.

Merced á la exageración que traen consigo todas las reacciones, al abandonar el sendero de la tradición y las autoridades, para aplicar un criterio razonador y filosófico al estudio de la historia, se ha llevado por algunos el espíritu de duda hasta el extremo de combatir como apócrifo cuanto no se apoya en documentos fidedignos ó no puede probarse de manera auténtica.

Verdad es que las indagaciones históricas de los que se ajustan á los rigurosos preceptos de esta escuela, han dado y dan resultados positivos y satisfactorios, siempre que se trata de épocas relativamente próximas y acerca de las cuales tantos y tan ricos tesoros de noticias y documentos guardan nuestros archivos; pero en cambio, ¿qué desencantos no proporcionan, cuántos desalientos no originan en el que, á medida que se remonta, siente más insegura la base en que descansan sus razonamientos, acerbando por averiguar cómo lo que en siglos lejanos fué opinión de un cronista crédulo, pasa repetido de autor en autor á la categoría de autoridad, hasta que concluye transformándose en artículo de fé en la obra del historiador más sesudo?

No es, pues, extraño que los que á este criterio se ciñen duden de todo, y para ellos acaba la historia allí donde se pierda el rastro del último pergamino que la confirma.

Acostumbrados á pensar en el aislamiento del gabinete, con la frialdad y la calma del crítico, la tradición les habla un lenguaje absurdo, al que prestan escasisíma fé. No obstante, la tradición es un elemento importantísimo y del cual no puede prescindirse del todo, so pena de caer en un excepticismo ó caso más peligroso que la misma credulidad. Lo que precisa es saber desembarazar la tradición del follaje de exageraciones que la adorna y la ofusca; lo que falta es ir á respirar su atmósfera en los lugares en que nació y vive aún en la fantasía del pueblo, y poder así apreciar los quilates de verdad que encierra, adquiriendo el convencimiento de la intuición que se siente, aunque no se razona, y hace tanto peso en el ánimo como el más auténtico de los comprobantes.

Tal vez por no haber concedido á este elemento de la historia la debida importancia, acaso por un espíritu exagerado de duda, ó sólo por chocar con la corriente de la opinión pasando por originales y atrevidos, no han faltado, así en nuestro país, como fuera de él, escritores que, después de desvirtuar los hechos más característicos de la historia, han concluido negando sus héroes más gloriosos.

Pelayo y Covadonga son para ellos poco menos que los elementos de una conseja; Bernardo y Roncesvalles el asunto de la cántiga de un juglar; el Cid Campeador una figura creada por los romancesos.

Los que estas opiniones sostienen, de seguro no han contemplado la tosca piedra que guarda los despojos del restaurador de España en el concaño peñón, gloria de Asturias; no han oído la tradición de la rota de los franceses en boca de su guía al cruzar los Pirineos por el tajo de Rolán, ni han visto siquiera las calles de Burgos: de otro modo su erudito excepticismo hubiera al menos vacilado ante la firmísima fé de la tradición popular.

La existencia del Cid, la más acabada y perfecta figura entre las varias de que la historia nos ha consignado el nombre, y el pueblo se ha encargado después de completarla con todos sus detalles, no es ya objeto de controversia ni seriamente lo ha podido ser nunca; pero aunque fuera aún más difícil probar la autenticidad de sus hechos, bastaría recorrer los lugares que la tradición señala como teatro de su vida para adivinarlo y sentirlo.

Cuando nos pintan al héroe con tal acento y color que no parece sino que le han visto con sus ojos, cuando siguiéndole paso á paso desde la cuna al sepulcro nos refieren hasta los menores detalles de su vida y nos dicen aquí nació, allí vivió Jimena, esta es el área que guardó su palabra que equivalía á un tesoro, aquellas son las banderas y trofeos que arrancó á los árabes vencidos, la de más allá es su espada, éstos, en fin, son sus despojos mortales, involuntariamente asoma una vaga sonrisa de incredulidad á los labios, y ocurre pedir el testimonio en que se fundan aquellas creencias; pero á poco que se medite, esta ciega fé, este mismo lujo de detalles, hijos de la imaginación del pueblo, revelan poderosamente la vitalidad del personaje que palpita al través de sus creaciones, que son como un ropaje espléndido tejido por los romancesos, por debajo del cual se acunsa la forma y se siente que hay una figura real y positiva.

Es casi seguro que si tratáramos de investigar seria-

mente si la casa del Cid estaba ó no en el sitio que los burgaleses han señalado con el sencillo monumento que hoy reproducimos en las columnas de LA ILUSTRACIÓN, sería empresa difícil probarlo. Pero el que recuerda el magnífico romance

En Burgos nació el valor...

y halla en uno de sus paseos solitarios aquellas piedras que le hablan de la historia, que son un tributo de admiración hacia el más caballeresco de nuestros héroes, que prestan poesía é interés á aquel campo escueto y mudo, ¿qué necesidad tiene de preguntar á los empolvados archivos si guardan alguna testimonio auténtico de la veracidad del hecho, para sentir y pensar, levantando la mente á la contemplación de aquellos siglos de rudo valor, de ciega fé y lealtad inquebrantable?

Si la tumba, el solar de la casa ó el sitio en que ocurrió la muerte de algunos de nuestros grandes hombres, pudieran aún inventarse, nosotros aplaudiríamos al que los inventara; ¿por qué hemos de contribuir al desprestigio de los que ya están inventados?

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

CONVENTO DE LAS SALEAS REALES EN MADRID.

El renacimiento de las artes que tuvo lugar durante el siglo pasado, imprimió su huella en casi todas las poblaciones de alguna importancia de la monarquía; pero como esta evolución que salía á contener la bárbara irrupción del churriguérismo, era más académica que espontánea, sus más notables producciones, particularmente en arquitectura, se encuentran en los centros donde se dejaba sentir lo que podría llamarse influjo oficial, al que realmente debía su desarrollo.

La villa de Madrid, que por razones históricas de todo el mundo conocidas, carece de monumentos arquitectónicos importantes para el estudio del arte, en las épocas de su mayor esplendor y originalidad, ostenta en cambio edificios de época más moderna; dignos de llamar la atención, no sólo por la sencillez y nobleza de su trazo, la magnitud de sus proporciones y el buen gusto de su ornamentación, sino porque en ellos puede seguirse paso á paso el movimiento de reacción hacia las formas convenientes, y la sencillez quizás algo afectada y fría de una escuela que debió exagerar sus preceptos para combatir con fruto las desenfrenadas exageraciones de los sectarios de Churriguera.

El Convento de las Saleas Reales de Madrid, fundación de D. Fernando VI y de su esposa doña Bárbara de Braganza, es un ejemplar curioso de los trabajos que realizaron los que, reanunciando máximas ya puestas en olvido, podían llamarse innovadores. Ciertamente si no respecto á la solidez y gravedad del conjunto, en cuanto á la elegancia de las proporciones, deja aún que desear algo, sobre todo, si se compara esta obra á las que más adelante ejecutó en el mismo género D. Ventura Rodríguez; pero ya se conoce en ella que por el camino que sigue el arte, si no á grandes y atrevidas creaciones, llegaría pronto á ese punto de perfección que se puede alcanzar, ateniéndose á las reglas confirmadas por la tradición académica, reglas que sin duda alguna son el norte más seguro para atravesar esos períodos de decadencia en que los pueblos, buscando lo original y sublime, caen en lo extravagante y ridículo.

Los planos de este convento se deban al reputado arquitecto D. Francisco Carlier y la obra, que duró ocho años y en la que según nota del testamento de doña Bárbara se empleó la respetable suma de ochenta y tres millones, estuvo bajo la dirección de D. Francisco Moradillo, el cual la dió por concluida en 1757, época en que tomaron posesión de ella las monjas á quienes se destinaba.

La iglesia cuya fachada damos hoy en las columnas de LA ILUSTRACIÓN, corresponde y aun supera á la idea que se concibe al examinarla exteriormente, siendo dignos de notarse, entre las muchas obras de arte que guarda, los frescos de la bóveda de los tres Volantes y los lienzos de Muro, Jilifrant, Cignaroli y Corrado que adornan los altares, enriqueciendo sus lijosos retablos de mármoles, jaspes y bronce.

También merecen fijar la atención los magníficos sepulcros de los fundadores, mandados labrar por Carlos III y ejecutados por el escultor D. Francisco Gutiérrez, bajo la dirección del arquitecto Sabatini. De estos notables sepulcros, el de D. Fernando se encuentra al lado de la Epístola y el de su esposa en el recinto del coro.

EN EL CUERPO DE UN AMIGO.

NOVELA DIABLICA

por

JOSE FERNANDEZ BREMON.

(Continuación.)

—Le mata! Le mata! decía un minuto después Luciano levantándose de la silla, al ver que su amigo no podía dominar los fuegos de Faraon, que daba botes y se defendía del ginete. El caballo ha conocido que mi cuerpo no es el mismo de siempre, y no ha derribado todavía á D. Braulio, porque me conserva un poco de respeto.

Pero en el mismo instante D. Braulio cayó al suelo.

—¿Me habrá estrellado Faraon? decía Herrera muy preocupado, dirigiéndose como todo el mundo al lugar del accidente.

Y al mismo tiempo un señor ya entrado en años, apartando á la gente que trataba de auxiliar al caído, cuando vió que éste no había sufrido daño alguno, exclamó en alta voz lleno de cólera:

—Señores! la caridad se ejerce en los desgraciados: si un albañil cae de un andamio, nadie debe vacilar en socorrerle; pero el señor, que ha caído al suelo por lucirse, no merece que Vds. lo socorran.

Al oír tan brutal provocación, D. Braulio quedó atónico: el desconocido prosiguió:

—He observado atentamente los movimientos del ginete y siento que el golpe haya sido tan suave.

La paciencia de D. Braulio tuvo un límite y el orador recibió un latigazo en las espaldas.

Quiso repetir D. Braulio aquel saludo amistoso; pero sintió que le detenían el brazo, y volviéndose se encontró frente á frente con Luciano.

—Desdichado! le dijo su amigo con espanto: ese golpe me priva de una herencia: ha dado Vd. de latigazos á mi tiro.

CAPITULO VI.

A LAS PUERTAS DE LA MUERTE.

Amaneció un día frío y lluvioso, y Herrera se despertó acometido de extraños é insoportables dolores: quiso mover el cuerpo, pero sus miembros paralizados no le obedecían. Entónces recordó que D. Braulio acostumbraba á padecer fuertes ataques de reuma y maldijo el pacto que le hacia administrar un cuerpo tan arruinado, obligándole á sufrir las enfermedades y achaques de su amigo.

Inmóvil bajo las sábanas, veía cruzar por su mente todos los objetos de la creación dotados de más animación y movimiento: pájaros batiendo sus alas, aríllas infatigables, corcos ligeros, trineos deslizándose en la nieve, velocípedos sin cuento, y á D. Braulio bailando con su cuerpo una galop desenfrenada.

A las dos horas, tanto se agravaron los dolores, hicieron tan insufribles, que Luciano empezó á temblar y creyó llegados sus últimos momentos.

Mandó llamar á su amigo con presteza y atronó la vecindad con sus gemidos. Sabina y Adela no cesaban de salir y entrar en la alcoba, creyéndole en gran peligro. El médico de la familia, avisado con urgencia, llegó muy alarmado.

—¿Quién es Vd.? le preguntó Luciano, que no le conocía.

—Pero... papá! ¿No conoces al médico que te asiste, á tu amigo D. Alejo? dijo Adela asustada.

Luciano, á quien la visita del doctor, y su inmovilidad, sus dolores, el aspecto de la alcoba y todo cuanto le rodeaba, no le habrían sino irritarle, hizo un esfuerzo para levantarse; pero sólo consiguió que se agravasen sus padecimientos. Su exasperación llegó al colmo con aquella contrariedad, y dijo fuera de sí, con acento de despecho:

—¿Que llamen á D. Braulio! ¿Esto ya pasa de bromas!

—Señor, exclamó Sabina con lágrimas en los ojos, ¿qué está Vd. diciendo? Si D. Braulio es Vd. mismo.

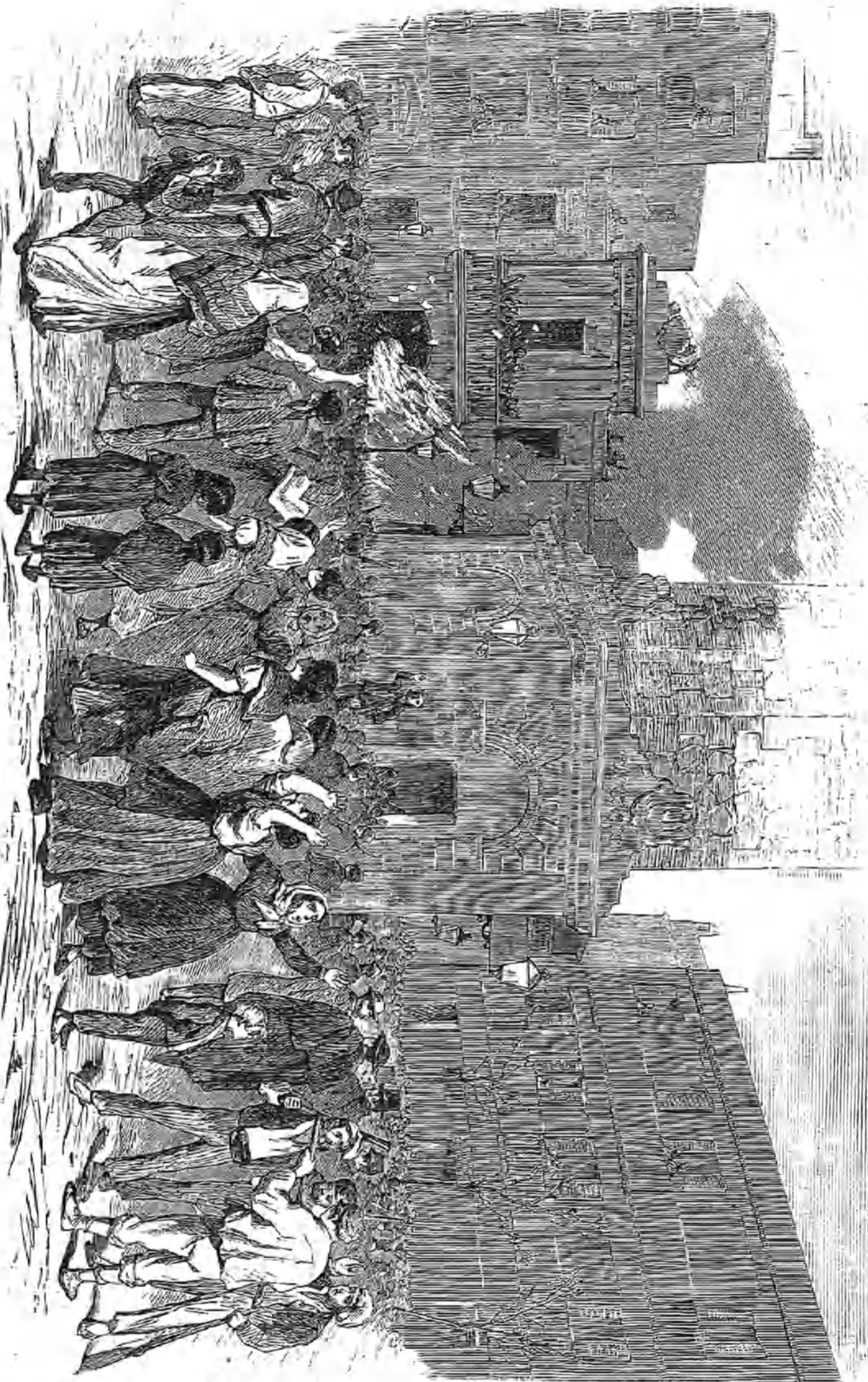
—Sabina, yo bien sé lo que me digo: D. Braulio es un cascabele que cuyos males sufro sin culpa: D. Braulio quiere retirarse á costa mía.

El médico llamó aparte á las dos mujeres, y les dijo con tono solemne:

—Está muy malo.

Sabina y Adela rompieron á llorar.

—El pulso está alterado, y la enfermedad no presenta en sí caracteres graves, parece un ataque de los muchos que ha sufrido; pero no me atrevo á administrarle medicinas contra los dolores, y debo dirigir todos mis medios á combatir la congestión cerebral que se presenta,



STACIONES DE BARCELONA.
GRACIA.—VISTA DE LOS DOCUMENTOS DE LA ESTADÍSTICA.

Don Braulio está delirando: no me ha conocido; no se conoce á sí mismo. Esto es lo grave. Esto es lo que debemos combatir con sinapismos, sanguijuelas y caustidas.

—¡Dios mío!

—Resignacion, señoras, y tratemos de salvarle. Pero, como todo puede suceder, y todavía conserva un resto de conocimiento, ántes de que llegue la postracion que está indicada y los caracteres de la enfermedad se declaren francamente, bueno será estar prevenidos y hacerle comprender su estado verdadero, para que se disponga como cristiano y como padre.

—¡Pobre señor! dijo Sabina sollozando.

—¡Mi padre se muere! exclamó Adela conteniéndose como pudo.

—No hay que perder las esperanzas. Es preciso sangrarle ante todo. Que avisen al cirujano. Procuren ustedes ocultar su emocion y yo me encargo de prevenir al enfermo.

Sabina y Adela salieron de la alcoba llorando, y don Alejo tomó asiento en una silla al lado de la cabecera, meditando un medio indirecto y diplomático para anunciarle la mala nueva. Hubo un rato de silencio.

—Amigo mío, dijo D. Alejo, la vida es muy poca cosa.

—¡No estamos conformes! contestó Luciano incomodado.

Don Alejo se rascó la cabeza y hubo otro rato de silencio.

—Don Braulio, dijo por fin, Vd. ha vivido muchos años, ha visto mucho por esos mundos...

—No estamos conformes tampoco.

—Don Braulio! replicó D. Alejo incomodado, al ver que el que creía su amigo le cerraba todos los caminos para explicarse. D. Braulio, Vd. se muere.

Aquellas palabras, dichas con afecto rencor, helaron de espanto al pobre Luciano, que calló dominado por la emocion. D. Alejo creyó que, sin querer, había dado en la fórmula que necesitaba para ser entendido, y añadió con más dulzura:

—Veo que con Vd. son inútiles los rodeos, y le prevengo que está Vd. en una crisis cuyos resultados son muy problemáticos. Creo llegado al momento de pensar algo en la otra vida y confesarse y hacer sus disposiciones.

—¡Pues sabe Vd., dijo al fin Luciano, que yo no me conformo!

—Tenga Vd. más dominio sobre sí, y calcule que Dios envía los males y la muerte cuando lo juzga necesario.

—Pero señor doctor, repuso Luciano, es que Vd. no sabe lo que pasa. Vamos á ver. ¿Se resignaría Vd. á morir en lugar de otro, aunque éste fuera su más íntimo amigo?

—De ninguna manera.

—Pues eso es lo que sucede: me estoy muriendo por don Braulio.

Don Alejo se levantó creyendo que el delirio se agravaba.

—Descanse Vd. y hable poco; y salió á disponer una receta.

—Esto pasa de raya, murmuraba Luciano con desesperación: haber trocado mi cuerpo sano y robusto por el de un cadáver: experimentar la agonía con todos sus horrores... De manera que estoy condenado á morir dos veces: y ¡qué hará mi alma, después de muerto D. Braulio, mientras éste no me devuelva lo que es mío?

Pasó un cuarto de hora; uno de esos cuartos de hora que no tienen límite: por fin sintió rumor de personas que hablaban en una habitación inmediata, y el legítimo don Braulio entró con precaución en la alcoba, cerró la puerta y se acercó con gravedad al lecho.

Herrera al verle no pudo contener su alegría.

—Es preciso llamar al diablo cuanto antes y deshacer el cambio, amigo mío. Yo entregué mi cuerpo aceptable, sin mácula, y Vd. me ha dado en trueque una laceria.



BOMBA QUÍMICA PARA APAGAR LOS INCENDIOS.

—Sería inútil, Herrera, contestó D. Braulio sentándose con una facilidad de movimientos, que irritó al infeliz que yacía entre las sábanas.

—No lo creo.

—¿Olvida Vd. que hemos firmado el pacto por un año?

—Pero hay circunstancias especiales que anulan los compromisos.

—Si el diablo tuviese intención de acudir, ya le tendríamos presente.

Herrera se desesperó ante aquella lógica inflexible, y exclamó en el colmo de la ira:

—Pues D. Braulio, disponga Vd. su alma, porque se muere Vd. antes de una hora.

—No lo crea Vd., amigo mío, si mi cuerpo muere, la que debe disponerse, es el alma que le ocupa. Si no fuera así, estaríamos el uno á merced del otro. Figúrese usted

que se le ocurre la idea del suicidio, ¡ha de ser responsable de una locura ajena?

—Don Braulio: es usted un malvado y está pacto una castaña.

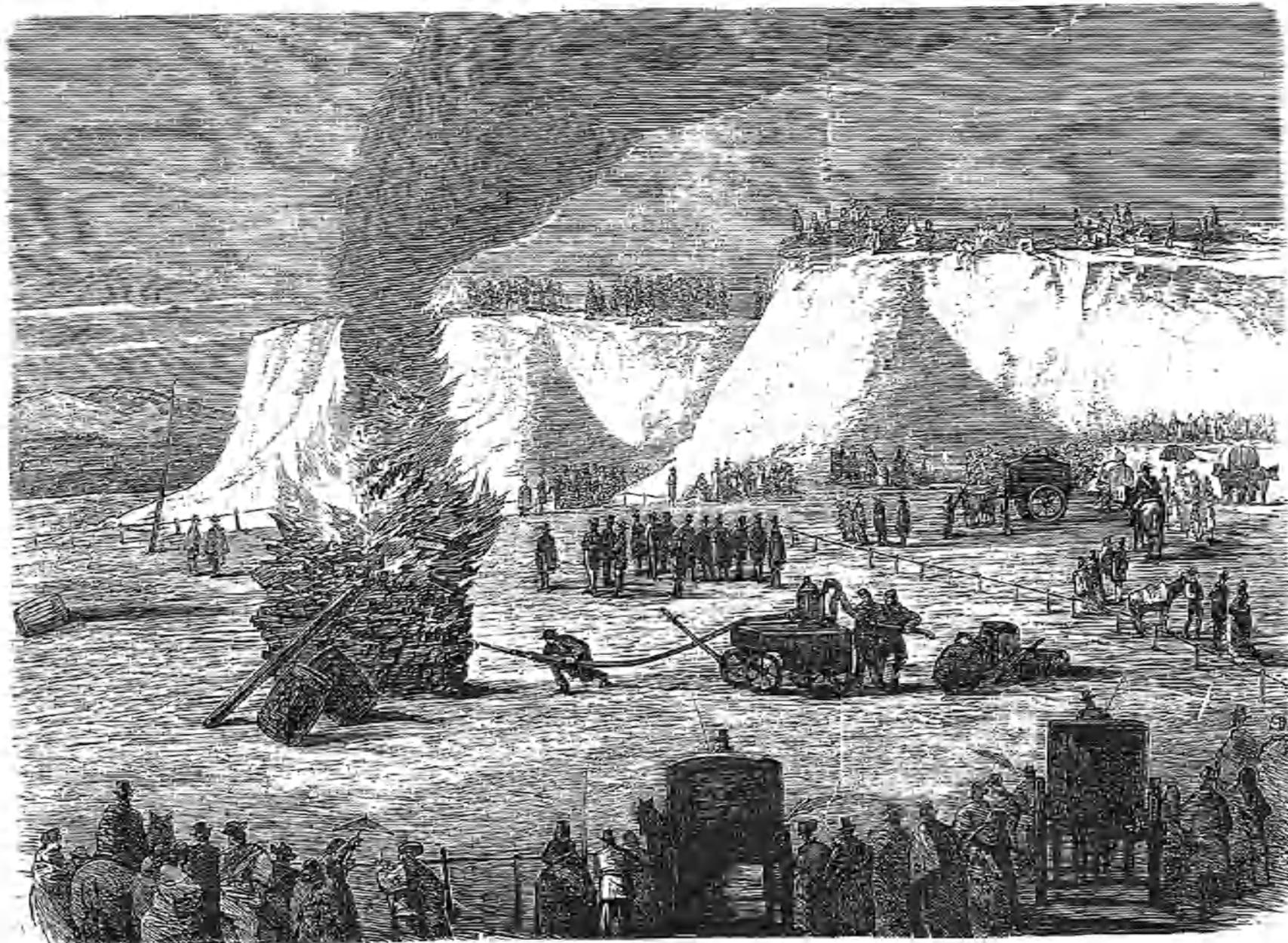
—Usted le propuso.

—Y Vd. lo aceptó.

—Hablemos con calma, Herrera, porque está Vd. estropeando mi cuerpo al acalorarse, y el día de mañana no me servirá de nada si usted concluye con él de esa manera. Usted se queja de haber sido engañado y no tiene razón; se ha encargado usted de administrar mi cuerpo que está muy delicado, y tiene usted un alma impetuosa y unos arranques que concluirán con sus fuerzas á le dejarán durante el año en un estado lastimoso. ¿Qué podrá vivir después que Vd. me le entregue tan usado? Es cierto que sufre Vd. por mí algunas molestias; pero en cambio, ¿no sabe Vd. la vida que le ahorro usando de su cuerpo con la templanza que el hábito me ha hecho adquirir y es en mí una segunda naturaleza? Usted con sus locuras me compromete y concluirá por hacerme ridículo, lo cual es insufrible para un viejo, y yo le formaré á Vd. una reputación de madurez y buen sentido, que es un adorno para un joven. ¿Quién pierde en este pacto, amigo mío?

—Todo eso es muy bueno; pero la situación crítica en que me encuentro destruye sus razones, dijo Herrera. Conozco que me muero, es decir, que Vd. se muere.

—No hay semejante cosa. Vd. sufre un ataque de reu-



PRUEBA DE LA BOMBA QUÍMICA, EJECUTADA EN LA MONTAÑA DEL PRÍNCIPE PIO.

ma casi general por efecto de las lluvias, y sus desvarios han hecho creer al médico que está Vd. delirando, lo que á ser cierto significaría un gran peligro; pero quitando este carácter al mal, no queda sino un ataque de los que me acometen a menudo.

—¿No me engaña Vd.? D. Braulio.

—Entre nosotros no puede haber secretos ni disimulo.

—En efecto, me siento mejor. ¿Y qué debo hacer?

—Sufrir con paciencia los dolores, no decir que es usted Herrera, porque nadie le creería, y dejar que yo le asista en todas sus enfermedades.

Después de algunas breves explicaciones salió don Braulio á tiempo que se disponían á entrar el médico y el cirujano con un arsenal de emplastos y la lanceta en ristre. D. Braulio los contuvo.

Hubo una discusión acalorada: D. Alejo quería sangrar al enfermo á toda costa y llenarle el cuerpo de cantáridas. Sabina y Adela tomaron el partido de aquellos sabios, y abrumado por el número, tuvo que encubrir don Braulio y ver sangrar su propio cuerpo, cuando no le hacia falta. Herrera exasperado concluyó por delirar y estuvo casi á las puertas de la muerte, y D. Braulio, cada vez que veía salir de su cuerpo una gota de sangre, decía interiormente, contemplando al enfermo con tristeza:

—No hay remedio; me matan entre todos.

CAPITULO VII.

CONFIDENCIAS.

Luciano, ya convaleciente, envuelto en una bata larga y cubierto con un gorro negro y puntiagudo, estaba acurrucado en el sillón de baqueta, al lado de un magnífico brasero: D. Braulio se paseaba por el gabinete, parándose delante de su unigo y bajando la voz cada vez que temudaba una conversacion que parecia serle muy penosa.

—Rara vez adquiere el hombre ofendido la evidencia del ultraje: todo conspira en su daño: los mismos que preguntan su desgracia, guardan con él un silencio compasivo: el vicioso, por indiferencia, y los demás por temor ó por tener la misma incertidumbre. Las gentes fallan en estos asuntos con cruel ligereza, y condenan ántes y con más severidad que el agraviado. Este se encuentra sólo con sus sospechas é incomunicado de todos, porque los amigos únicamente se atreven á abrir los ojos al hombre sin escrúpulos que se obstina en cerrarlos.

—Lo cual prueba que ha condenado Vd. precipitadamente.

—Eso no: tengo la convicción moral de la culpa, una serie de sospechas, de indicios y de observaciones suficientes para formar mi juicio; el corazón advierte los peligros, el semblante delata á la culpable, y si sorprendida una vez ó más logra justificarse, esas pruebas materiales suelen no tener valor alguno cuando se juzga moralmente.

—Supongamos, replicaba Luciano, que la falta es evidente; pero á veces las conveniencias imponen ciertos sacrificios, sobre todo teniendo una hija.

—Desengañémonos: cada cual se hace esclavo de las preocupaciones del mundo mientras se conforman á sus gustos: así es que el avaro desprecia la opinión que los demás forman de la usura, y con ella se enriquece: el ambicioso, que siempre ha aparentado por el bien parecer gran amor á su familia, rompe con ella y la sacrifica cuando es un obstáculo para sus planes; el que comprende lo absurdo del desafío y se bate, es porque su orgullo puede más que su conciencia. Y el que censura al avaro, al ambicioso y al pendenciero, suele en cambio ser jugador, blasfemo ó libertino.

—Estoy conforme en que la reconciliacion le ofrezca á Vd. escrúpulos en estos momentos. Cuando Adela me hizo prometérsela por debilidad, le aseguro á Vd. que no habia pensado en los inconvenientes; sin embargo de que mi lealtad...

—No siga Vd. adelante, ó volvemos á la cuestion de la evidencia. Se cree en la lealtad de los amigos, se piensa lo mejor piadosamente; pero... entre las ideas más risueñas nace otra idea triste, y detrás de la mujer resaca la culebra.

—Don Braulio, esa desconfianza continua debe ser un martirio.

—Es otro achaque de los años; aunque Vd. padezca por mí las dolencias del cuerpo, no por eso me he quedado libre de dolores.

—Yo también dudo cuando tengo motivos graves.

—Pues yo me suelo adelantar á los motivos.

—En fin, D. Braulio, creo que Vd. debe posponer sus recelos á la conveniencia de su hija.

—Y así lo hago.

—No estáis uniformes.

—Me explicaré; yo quiero, ante todo, que esa Adela virtuosa.

—Y separándola de su madre, haciéndola meditar sobre las ansias de esa conducta, ¿no repara Vd. que ha destruido parte de su inocencia?

—Y que sufre sin culpa, ¿quién lo duda? Pero... á su edad se observa mucho, porque el alma necesita explicarse todo lo que no comprende; y es preferible que la idea primera de la falta esté unida á la de un castigo cruel, á que nazca en ella esa idea por el ejemplo de una madre.

—¿Don Braulio!...

—Ya lo he dicho: el miembro podrido se corta; la mujer que olvida sus deberes se repudia.

—Hay separaciones de cierto género.

—Luciano, estas confidencias que la necesidad me obliga á hacer, serán las últimas: mi resolución es irrevocable.

—Dedíame también, aún más que mi situación particular, ver que Adela le ha cobrado á Vd. cierto rencor, conociendo su oposicion á que sus padres se reúnan: me causa verdadero disgusto ese odio de una hija hacia su padre.

—El alma sólo distingue lo humano á través de los sentidos y se equivoca fácilmente; sólo prescindiendo de ellos se ve algo claro. No extraño, pues, que mi hija me desconozca, y su espíritu no adivine al mío.

Y D. Braulio siguió paseándose.

—Las ocho, dijo al cabo de un rato y con voz completamente serena; esta es la hora de la cita.

Luciano se sonrió y le dijo alegremente.

—Vaya Vd. á distraerse.

—Soy franco, no me agradan semejantes entrevistas.

—Pues debe Vd. hacer un sacrificio: me citan en mi casa, y aunque la dama no sea de su agrado, debe Vd. representarme por cortesía; ya ve Vd. que el cuerpo que ahora uso no está para moverse del asiento.

—Luciano, créame Vd.: por poco aprecio que esa mujer le merezca, nuestro papel resulta muy desagradable.

—Así lo creo, respondió Luciano, no podemos mover los pies sin tropezar el uno en el otro. Pero hay un medio de vencer hoy el obstáculo: rompa Vd. con esa mujer, sin miramiento alguno; con eso nuestra conciencia se tranquiliza, me evita compromisos y Vd. tiene en qué emplear el tiempo de la cita.

—Eso es otra cosa; entonces será inflexible.

—Acaso sea una ventaja que Vd. me presente: mi carácter es muy débil y tal vez me ablandaría.

—Pero... dijo D. Braulio, ya con sombrero en mano, la carta no tiene firma; ¿cómo se llama esa señora?

—Carlota, Carlota, lo apuntaré en un papel...

—No es necesario, respondió D. Braulio con voz ronca y saliendo de la habitación rápidamente.

—¿Por qué me apresuro? pensaba en el camino: siempre he de estar abrumado de sospechas.

Don Braulio, sin embargo, caminaba muy deprimido.

Pocos minutos después entraba en su casa: la criada le anunció que tenía en su cuarto una visita.

Al llegar al gabinete, se detuvo, sin atreverse á abrir la puerta, y á un experimentó deseos de volverse.

—¡Bah! se dijo, dominando con trabajo la emoción que sufría, la conversacion sostenida con Herrera me ha preocupado: como si en el mundo sólo hubiese una Carlota: estas coincidencias las crea la imaginacion, pero no se verifican fácilmente.

Y no sin cierto temblor abrió la puerta.

Al verle entrar, una mujer hermosa, aunque no muy jóven, alzó el velo que cubría su rostro y le dirigió su más dulce sonrisa.

D. Braulio palideció; sintió que su corazón estallaba y que de sus ojos iban á brotar lágrimas de ira.

Pero un esfuerzo de voluntad refrenó la debilidad de la materia, obligando á su rostro á sonreír y á sus ojos á dirigir una mirada serena.

Después dijo entre sí extrásticamente.

—La idea de haber sido injusto y cruel tenía ciertos encantos.

—Todo es preferible á la evidencia.

(Se continuará.)

DON ANTON MONESCILLO,

OBISPO DE JAEN.

El episcopado español que durante las sesiones preliminares del Concilio ecuménico que se celebra actualmente en Roma, dió al orbe católico el admirable espectáculo de su unidad en todas las cuestiones de alguna importancia, comienza á tomar más activa parte en los ándulos asuntos que allí se agitan, usando de la palabra

y manteniendo la tradicion de los consumados ecónomistas y teólogos que en épocas pasadas tanto brillo dieron á la Iglesia española.

Uno de los primeros á entrar en el terreno de la controversia, al cual le llaman sus excepcionales dotes de orador y teólogo, ha sido el ilustre prelado, con cuyo nombre ya popular en la república de las letras y en el mundo de la política encabezamos estos renglones.

Don Antolin Monescillo nació en la villa de Corral de Calatrava el año de 1805, de donde pasó niño aún á la ciudad de Toledo para seguir la carrera eclesiástica, carrera á la cual parece llamado por una vocacion irresistible, y en la que, merced á sus méritos y virtudes, se ha elevado al eminente lugar que hoy ocupa.

Como sacerdote y como prelado en el desempeño de diferentes ministerios religiosos, como polemista en la prensa, como literato en el libro, como predicador en el púlpito, como orador en la Cámara Constituyente, adonde le llevó el voto de sus conciudadanos, emitido por medio del sufragio universal, como teólogo, en fin, en la imponente asamblea del Concilio ecuménico adonde le llamaba su gerarquía, ha dado tan cumplida muestra de su bondad y talento, y ha defendido tan valerosamente los intereses de la Iglesia y sus profundas convicciones, que amigos y adversarios políticos convienen en señalarla uno de los primeros puestos entre los más encumbrados representantes del episcopado español.

Creemos que nuestros favorecedores verán con gusto el retrato de este eminente prelado en las columnas de LA ILUSTRACION, en las cuales tratamos de que figuren todas las notabilidades contemporáneas, que sea el que fuere el campo en que desenvuelven su accion ó las ideas que sustentan, son una gloria para el país que les ha servido de cuna.

B.

TEATROS.

La sexta parte del mundo, arreglo del francés, por D. Juan Catalina.—*El velo en el cielo*, farsa lirica en dos actos por don Juan J. Bertrán y D. Santiago Liguera.—*Reminiscencias*.—*Esperanzas*.

La sexta parte del mundo—si hemos de dar crédito á cierta marquesa sabijonda y sentimental, anciana y amable, al mismo tiempo—es la familia; si es conveniente, y cuanto lo sea, estudiar esa parte, y no olvidar por completo los negocios propios para proporcionarse la satisfaccion de arreglar los ajenos, es lo que se ha propuesto demostrar el autor de la comedia que D. Juan Catalina ha trasladado á nuestra escena. El asunto, por consiguiente, ni es original, ni puede considerarse como nuevo: la accion que, para desenvolver este pensamiento, concibió el poeta, tampoco se distingue por su grandeza; la comedia, sin embargo, está bien hecha, meditada á conciencia y desarrollada con ingeniosa naturalidad. Dígase francamente si de muchas obras presentadas ahora en nuestros teatros puede afirmarse con justicia lo mismo.

Así se comprende que sin ser *La sexta parte del mundo* lo que podría llamarse una comedia-modelo, que algo y aun mucho le falta para eso, se escucha con verdadera complacencia y se haya recibido con agrado, apesar de la excesiva languidez del acto primero y del poco movimiento de la accion: no de otro modo el convaleciente saborea con delicia verdadera el agua, de que se ha visto privado por algun tiempo para paladear la sustancia de arroz, los caseros refrescos y los jarabes de botica.

El público, hastiado ya de *La bella Elena* y de *La princesa de Trebisonda* y de *Robinson* y de *Mejoráteles*, que alternando con otras de circunstancias y amenizadas con intermedios de *Las siete dolores de María*, son los espectáculos únicos que ha podido proporcionarse en mucho tiempo, acepta con benevolencia y hasta con agradecimiento comedias como *La sexta parte del mundo*, que, por lo ménos, tiene verdaderas condiciones literarias y revela en su autor estudio del asunto, conocimiento del corazón humano y, sobre todo, respeto y consideracion al público.

Hay caracteres dibujados de mano maestra: el marqués ridículo, Tenorio sexagenario, que Fernandez exagera mucho, es verdaderamente cómico sin degenerar en chocarrero: nada puede pedirse al confiado subsecretario que por los negocios olvida á su esposa y que inocentemente la presenta ocasion de cometer un desliz; desliz que por último no se comete, aunque falta poco con admirable susvidad y delicadeza grande se nos presenta el tipo de esta jóven esposa, de arribante corazón, de alma apasionada, y no vacilaria yo ni un instante para afirmar que, sin ser la más importante de la comedia

dia es esta la figura más artística y la que el poeta ha pintado con más cariño.

Paréceme que hay algunas contradicciones en el carácter de la anciana marquesa, que casi siempre perspicaz y de gran penetración, aparece á veces candorosa en damas y no muy ingeniosa, y que burlona siempre, pero con esa irónica finura propia del gran mundo (como ahora se dice), desciende en ocasiones hasta la grosería más imperdonable.

Del hijo de esta buena señora, que es también adorado de la joven á quien he aludido antes, sólo puedo decir que es un hombre vulgar, adocenado y hasta repugnante: uno ó dos rasgos tiene que por un momento le reconcilian con el público: pero en el resto de la obra, presentase vanidoso, desleal, mal caballero y amigo engañoso: búsquense ahora más recomendables circunstancias.

No nos parece justo dar por terminado lo que acerca de esta obra puede decirse, sin tributar merecidos elogios á Matilde Díez y á Elisa Boldun, que sacan de sus respectivos papeles efectos admirables: las escenas en que ambas aparecen (y suelen ser las más inverosímiles y las menos justificadas), nos hacen sentir. Elisa Boldun, caracterizando á la mujer virtuosa, joven y bella que ha dado su primer paso en el camino de la perdición; Matilde Díez, representando la anciana venerable, de bondadosa sonrisa y cabellos blancos; aquella, ruborosa, inclinada la frente, bajas los ojos; ésta, cariñosa, indulgente la mirada, el rostro sereno, forman un cuadro perfecto, que acaso alcanza menos ruidoso éxito que las exhibiciones formales de *La bella Elena*, pero que hace sentir muchísimo más.

Colocado ya en este terreno y teniendo en cuenta que las ocasiones de aplaudir sólo de tarde en tarde, y muy pocas veces, se presentan, debo dirigir sinceros plácemes á Matilde por el admirable desempeño de *La niña boba*. Hasta ahora creía yo, y lo creía con profundísima creencia, que no era dado á un simple mortal realizar imposibles; de hoy en adelante haré una excepción en favor de Matilde Díez: su triunfo, al interpretar *La niña boba*, es el triunfo del arte sobre la naturaleza.

Si los autores de *El grito en el cielo* (farsa lírica en dos actos) no fueran dos amigos míos, á quienes profeso todo el cariño y la estimación toda que puedo—y que no es la que ellos se merecen, que á tanto no me es dado llegar—si no fuesen mis amigos, repito, yo les diría, aunque sabido se lo tendrán, que su zambela es una prueba, sobre las muchas que tienen dadas, de que poseen envidiable talento, no común ingenio y verdaderas condiciones de escritores dramáticos; diría que es sensible y mucho, que con tales circunstancias hayan malgastado tanto ingenio y algún tiempo en escribir una obra que, aun siendo buena como lo es, había de ser de duración efímera por su índole y por su carácter de oportunidad; que las alegorías por ellos discutidas, los símbolos ideados, muestras son ostensibles de su agudeza y su perspicacia; que sus chistes son cultos, fáciles y espontáneos su versificación, su ironía delicada: todo esto les diría si no fueran mis amigos. Véanme, sin embargo, en la precisión de callármelo todo y mucho más que podría decirles, porque no quiero ofender su modestia; ni me sería grato que se tomaran como hijos del cariño, aplausos que tendrían su fundamento en la justicia más severa.

Pero ya que no me sea posible elogiar su obra, á lo menos heito censurar con acritud al epílogo (ó lo que fuere) que han impreso en la última página de su libro.

Movidos por los impulsos de su enojo, que podría admitirse en personas de ménos talento, pero que es imperdonable en los Sres. Herranz y Liniers, dicen al lector, en el epílogo mencionado, que *El grito en el cielo* no se ha representado por temor á escenas desagradables. Así podrá ser, y así será, ya que los autores lo dicen: pero es injusto ciertamente atribuir á determinados grupos políticos lo que es hijo de la prudencia excesiva de una empresa.

Hablan, después de intrigas de teatro—como quien habla de cosa nueva—y á fe que para dos escritores dramáticos me parece esto demasiado candor, si ya no es más hipócrita y fingida ignorancia.

Ni la naturaleza de esta publicación, ni la índole de este trabajo, me permiten examinar ahora la comparación establecida por los autores de *El grito en el cielo*, entre el censor del antiguo régimen y las intriguillas callejeras de estos tiempos; pero yo aseguro á los Sres. Herranz y Liniers que, admitido que hayan escrito su epílogo de buena fe, debo suponer que al escribirlo, ó estaban obcecados por la ira ó habían sido mal informados.

Seguro estoy de que ha de presumirse que hablo de algún suceso de edades remotas si menciono ahora la comedia *No hay chanzas con el honor*, representada al-

gunas noches, hace ya mucho tiempo. La comedia, como escrita por D. Antonio Hurtado, distinguea por la corrección del estilo y la pureza de la frase; la versificación y el diálogo poco dejan que desear, advirtiéndose en ellos ese saborillo clásico que presta siempre la lectura constante de nuestros buenos poetas del gran siglo. La obra, sin embargo, no se desenvuelve con naturalidad; hay violencia en la mayor parte de las situaciones, y los caracteres aparecen bosquejados apenas; todo hace sospechar que, concebido el pensamiento, hubo de dársele forma antes de haberle madurado, y como todo fruto cogido fuera de sazón, resultó poco sabroso y además indigesto.

Pocos años ha principiado la segunda temporada teatral con ménos animación que esta. Los teatros continúan abiertos, pero sólo obras del antiguo repertorio presentan: nada nuevo; cuando más, alguna comedia insustancial, cuya duración no pasa de una semana, ni aun suele llegar á ella.

¿Es esta apatía señal de reconcentración de fuerzas para recomenzar la lucha con nuevo ardimiento y mayor energía?

¿Es, por el contrario, signo de muriente? Puede haber de todo: como ni me han dado la misión de profetizar, ni yo hubiera querido admitirla, de jo al tiempo, *gran ensañador de verdades* (como por ahí dicen), el trabajo de contestar á estas preguntas.

A. SANCHEZ PEREZ.

AL GORRIÓN VOLUNTARIO DE LA HABANA.

ELÉGIA LATINA.

Ecce jacet floribus exigua corporis ales
Ingens nomine genti etiam ibere dato,
Patria, si mater filiorum casus elinget,
Sic gloriæ palmas lacrimans ornai gemmis.
¿Cur tamen in parvi passeris decussum honores
Tot magnos tribuimus? vel qua victoria? Dicam.
Hæc avis est nobis ævum progenies alta,
Alibi natæ, decus, hic, originis signum:
Datum et daturum à nobis proli future
Dum sanguinem servat patrios ac penates.
Illa nondum notis frætris educta carinis,
Nemine visa, nobis hæc terræ partem dedit,
Caribis ablata; et jure primi capientis,
Nexu maris patriæ nostre ligabit solo.
Ipsa datæ, docuit, cannae conterite sacro,
Sâcarum, dulces cunctis, utilem esse nobis.
Ipsaque donabit vigiles coffeæ fructus,
Pâbula cara nerviis, atque sapientiæ vinum.
Ipsæ quoque sânta prætulit solanaceæ pinguis
Cuyus foventi cultu effluit aurum arvis:
Nam foliam illius undique argento mutatur,
Atque vitia mundi sunt divitiis nobis.
Jam dentibus vitæ jus acer irvitet ora,
Et labrum dejecit, expuante crassa saliva;
Jam digitis pressa, pulvere nâribus sumpto,
Sternutatu crebro exuat lymphâ caput.
Vel contracta modo cavisque capsulis nsta,
Aurâ stupente tubo pectorum sucta perilet:
Vel semetipsa torta, aut implicata papyro,
Totum impleat Orbem gloriæ nostre fumor.
Illius expolia semper sunt percussu nummi,
Et propter illam famâ emula Habana Roma.
¿En; terra, genus, culti, omnia hic mûnere ejus?
Tantam magna dedit parva que jacet avis!
Et cum ingrata soboles hæc dira bella moverit
Volens Patriæ sacrum solum effragi sibi;
Illa dulces agros et cara tecta relinquens
In nobis recessum pèrvolat freta rata.
Et venit, et vidit, vincit, victrixque quibit,
Mortem pacis mori petens sub umbra lauri:
Ut illa fidato, vel ut perpetua possessio,
Terra servetur semper corpore tuta suo.
Nos, fringilæ matris honora summa canamus;
Vos tûmulum date, viridas ac coronas.
¿Avis, ave! precor quicquid per sæcula foveat,
Levique tua osea sint grave pondus humo.
¿Heros Patriæ miles, vigilantem conde solertia,
Armisque sponte gazis ei tu custos esto!

MELJANUS ZACHARIAS A CAZURRO.

TRADUCCION HECHA POR EL MISMO AUTOR.

Mirada; entre flores yace
Un ave en cuerpo modesta,
Gigante en el nombre, dado
También á la gente ibera.

La patria, cuando á sus hijos
Honra, como madre tierna
Sus fúnebres palmas borda
De su llanto con las perlas.

¿Y por qué de un pajarillo
La muerte así se lamenta
Y honra tal le tributamos?
¿Cuál es su hazaña? Dirémosla.

Esta ave es para nosotros
Toda una progenie excelsa:
Honra, á los allí nacidos;
Y á los de aquí, clara prenda
Y auténtica ejecutoria
De su original nobleza.

Dada nos fué, y la daremos
También á la prole nuestra,
Para que intacta la guarde,
Y sepan guardar con ella
Nuestra fé sus corazones,
Y nuestra sangre sus venas.

Ella, sacando en las prouas
De atrevidas carabelas
De entre golfos ignorados
Este pedazo de tierra,
De nadie vista; purgada
De salvajes y malezas,
Por el derecho de ser
Quien la ocupó la primera,
Con el lazo de los mares
La ató al suelo de la nuestra.

Ella enseñó cómo el jugo
De la caña, que trajo ella,
Guarda en el cándido azúcar
La más golosa riqueza;
Que es, si dulce para todos,
Útil á quien la cosecha.

Ella nos trajo los frutos
Del café que nos despierta,
Y es como el pan de los nervios.
Como el vino de la ciencia.

Ella también del tabaco
Dio las semillas primeras,
Cuyo esquileo hoy da al colono
Raudales de oro en las tierras:
Pues trocando la hoja suya
Por vil metal donde quiera,
Con el vicio de ambos mundos
Logramos ganancia inmensa.

Ya que mascada, la boca
De su acerbo jugo llena,
Por la puerta de los labios
Le escupa en saliva espesa;
Ya que en pellizcos de polvo
Por las narices se ingiera
Y en frecuentes estornudos
Nos descargue la cabeza;

O ya quebrantada en tanto
Y ardiendo en las pipas huecas,
Chupada nos injie el pecho
Con su narcótica esencia;

O que torcida en sí misma,
O en un papelillo envuelta,
Difunda por todo el orbe
Humos de la gloria nuestra...

Ello es que son sus despojos
Como acuñada moneda,
Y que por ella en la fama
La Habana y Roma son emulas.

Ved, pues, la tierra, la gente,
Los cultivos, las riquezas,
Todo aquí, son dones suyos
Y de su poder la muestra.
¿Mirad si dió cosas grandes
Esa aveçilla pequeña!

Y cuando hace poco quiso
Nuestra ingrata descendencia
Desmanbrar el patrio suelo,
Promoviendo cruda guerra
Para arrojar sus mayores
De la morada paterna.

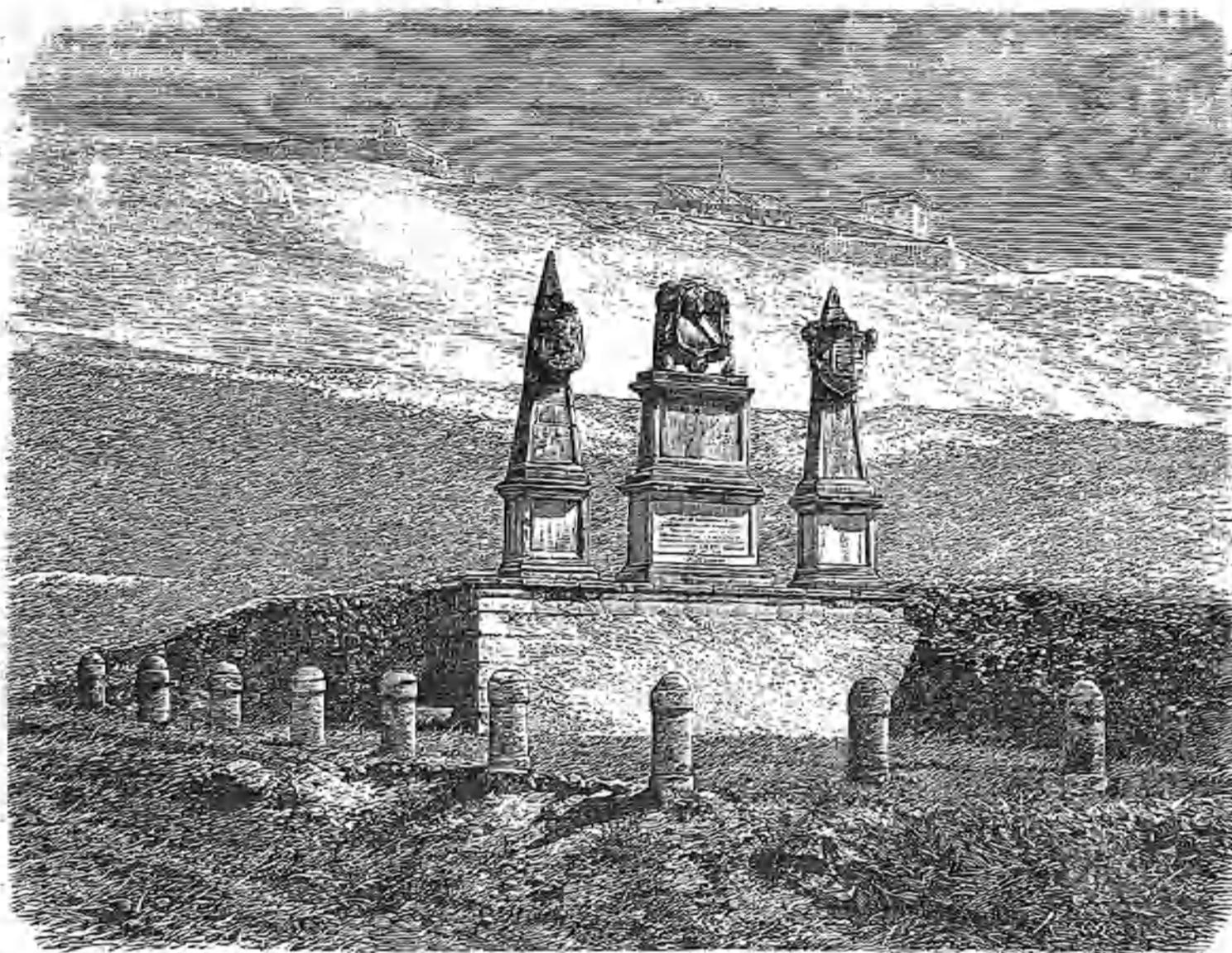
Ella, dejando sus campos,
Y abandonando sus tejás,
Rápida cruzó los mares
Y animosa y lista y presta
Acudiendo en nuestro auxilio
Vino, vió, y venció cual César.
Y al descansar victoriosa
De fatigas y de penas,
Muerta de paz morir quiso
Bajo el laurel de la Fuerza;
Para que en ella sepulta,

Como en posesión perpétua,
La fianza de su cuerpo
Segura guarde la tierra.
¡Nosotros, del gorrion hijos,
Cantemos sus altas prendas!
¡Vosotros... dadle una tumba
De verdes lauros cubierta!
¡Pajarillo, adios! te ruego
Que reposes en tu huesa
Por los siglos de los siglos;
Y aunque la tierra ligera

—¡Hola! Feliciano, ¿qué es de tu vida?
—Psch, pasando, y nada más.
—¡Te diviertes!
—Hasta cierto punto; ya ves, está Cuaresma...
—Se ha recibido en pocas partes, pero... ¿estuviste
al Viénes de Dolores en casa de Dolores Carvajal?
—Sí que estuve; por cierto que pasó una noche agra-
dabilísima.
—¡Hombre! ¿Y que hicieron?
—Cuadros vivos y tan bien como siempre. *La Sama-
ritana*, en el que tomaron parte Aurora Malagamba y

—Mejor; así será más original el estilo; en llegando
á casa escribiré todo lo que me has dicho sin variar una
letra; tengo buena memoria.
—Pero, oye...

La decoración es la misma. Son las cinco y cuarto.
—Tengo un *espleen* espantoso; he estado malo una
porción de tiempo y estoy aburrido. Sea Vd. amable,
Adolfo, hágame un rato de compañía y déme Vd. un
poco de conversación.



SOLAR DE LA CASA DEL CID EN BURGOS.

—Les sea á tus restos, ¡que éstos
Grave peso en ella tengan!
¡Héroe voluntario
De la patria... guarda y vela!
Y con las temidas armas
Que espontáneamente llevas,
Para que nadie la toque...
Oye... ¡Centinela, alerta!

M. Z. CAZORRO.

SALONES.

El plazo fatal.—Receta del *civet* de liebre.—Un paseo por la
Carrera de San Gerónimo.—Cuadros vivos.—¿Se han casado?
—Una mujer hermosa... sin poder remediar.—¡Bravo, Guque-
sal!—Un diplomático que tiene prisa y una actriz de verdad.—
La semana de Faxena.—De cómo, según varios fundados, no
se necesita la liebre para hacer el *civet*.

No hay plazo que no se cumpa aunque hay deudas
que no se pagan.

Y llegó el 23 de Abril y el regente me pidió mi con-
sabida revista de salones.

Para hacer un *civet* de liebre, dice un sabio dicciona-
rio de cocina, se necesita en primer lugar una cosa... tener
la liebre.

Para hacer una revista de salones se necesitan en pri-
mer lugar dos cosas, los salones y el revistero.

Pues bien, este mes no ha habido ni revistero, ni sa-
lones. Con la carencia de esos dos ingredientes vamos
á confeccionar la revista.

La escena pasa en la Carrera de San Gerónimo: son
las cinco de la tarde.

Baeza; figúrate tú qué Samaritana! Aquello daba sed,
ebico.

—¡Y después?

—*El Pasmo de Sialón*, por Dolores y Teresa Mala-
gamba, Amalia Velarde, Baeza y Arroyo; fué un cuadro
perfectamente compuesto, que se repitió muchas veces y
gustó mucho.

—¡Y luego!

—A continuación, hizo *la Doloresa al pie de la Cruz*,
Doloreitas Carvajal; caracterizó admirablemente el tipo
que le estaba encomendado, hasta tal punto, que los
aplauos bovinos.

—¡Y se hizo algun otro!

—La exposición dió fin con *El Juicio de París*, por
Petra Carvajal, Amalia Velarde, Teresa Malagamba y
el Sr. Osorio. París no tenía más que una manzana; pero
estoy seguro que á tener tres la hubieran parecido poco.

—¿No hubo más después?

—No; el Viénes Santo estaban en casa de Montijo.
Pero si quieres dar una noticia, puedes decir que ayer
se efectuó el enlace de la señorita doña Leonor de Car-
vajal con el joven D. Hipólito Fina; ponles cuantos
adjetivos quieras, porque ya sabes que son merecidos;
asistieron solamente las personas de ambas familias y
los amigos más íntimos.

—Acabas de hacerme un gran servicio.

—¡Pasa cómo!

—Me has escrito lo ménos cuatro cuartillas.

—No entiendo...

—Figúrate que debo hacer una revista de salones en
este mes y no he estado en ninguna parte; en tal apu-
ro he decidido poner á contribucion todos mis amigos y
escribir cuantas noticias me den sin variar punto ni
coma.

—¡Caramba! Que yo te he dicho lo primero que me
ha saltado de la mullera...

—¿Pero de qué quiere Vd. que le hable?

—De cualquier cosa. Usted que cuenta tan bien, cuén-
teme lo que hubo en casa de la duquesa de P... el Vié-
nes Santo.

—Unas cuantas docenas de personas bastante dicho-
sas para pertenecer á la intimidad de la amable duquesa,
apiladas en un sencillo y elegante oratorio, tuvieron la
satisfacción de escuchar una magnífica plática religiosa
del eminente orador P. Cardona, cuya plática versó so-
bre el poético y delicado tema de *La soledad de la Vir-
gen*; después oímos el *Stabat* de Pergolesse, interpreta-
do por las señoras de Luxan y de Shelly y la señorita
doña Eugenia de Ochoa, que ejecutaron admirablemente
los solos, y las señoritas de Bisco, Ochoa, Figuera, Ho-
yos, Henestrosa, Sartorius, Hunt, Nuñez, Romáez,
Shelly y Ros de Olano, que cantaron muy bien los co-
ros. Los Sres. de Inzenga y Moderati vieron volcados
sus laudables esfuerzos con el éxito más lisonjero, y su
inteligente dirección no dejó nada que desear. A no im-
pedirle la santidad del lugar, los aplausos más entusias-
tas hubieran convencido á los directores y á los ejecu-
tantes de la profunda impresion que había producido en
el público aquel admirable trozo de música tan magis-
tralmente interpretado. Yo le confieso á Vd. que por mi
parte tuve que hacer un gran esfuerzo para no prorumpir
en aplausos.

—Haría muy buen efecto, y es una idea... como de la
duquesa.

—Todos los viénes de Cuaresma ha tenido sermón
en su oratorio, pero el *Stabat* era el extraordinario, la
excepcion. En París las grandes fortunas permiten esas
solemnidades religiosas, que son allí algo usuales; pero
en España somos deudores de su introducción á la ex-
celente duquesa, á quien ya debemos tan buenas cosas.

—Sería muy original el verso allí reunidas para la
oracion las mismas personas que se reúnen para bailar.

—El contraste era notable, pero resaltaba más que en nada en los trajes de las mujeres; las pobrecillas habían hecho todo lo posible por atenuar sus encantos; vestían modestamente trajes negros, y se envolvían en velos muy sencillos, pero así y todo estaban encantadoras. A una de las más monisimas le pregunté yo con cierta indignación, que por qué estaba tan soberanamente guapa, y ella, toda acogojada, me contestó con el acento de la más candorosa malicia: «¿Qué quiere Vd. que le haga, no es culpa mía!; Yo no lo puedo remediar!»

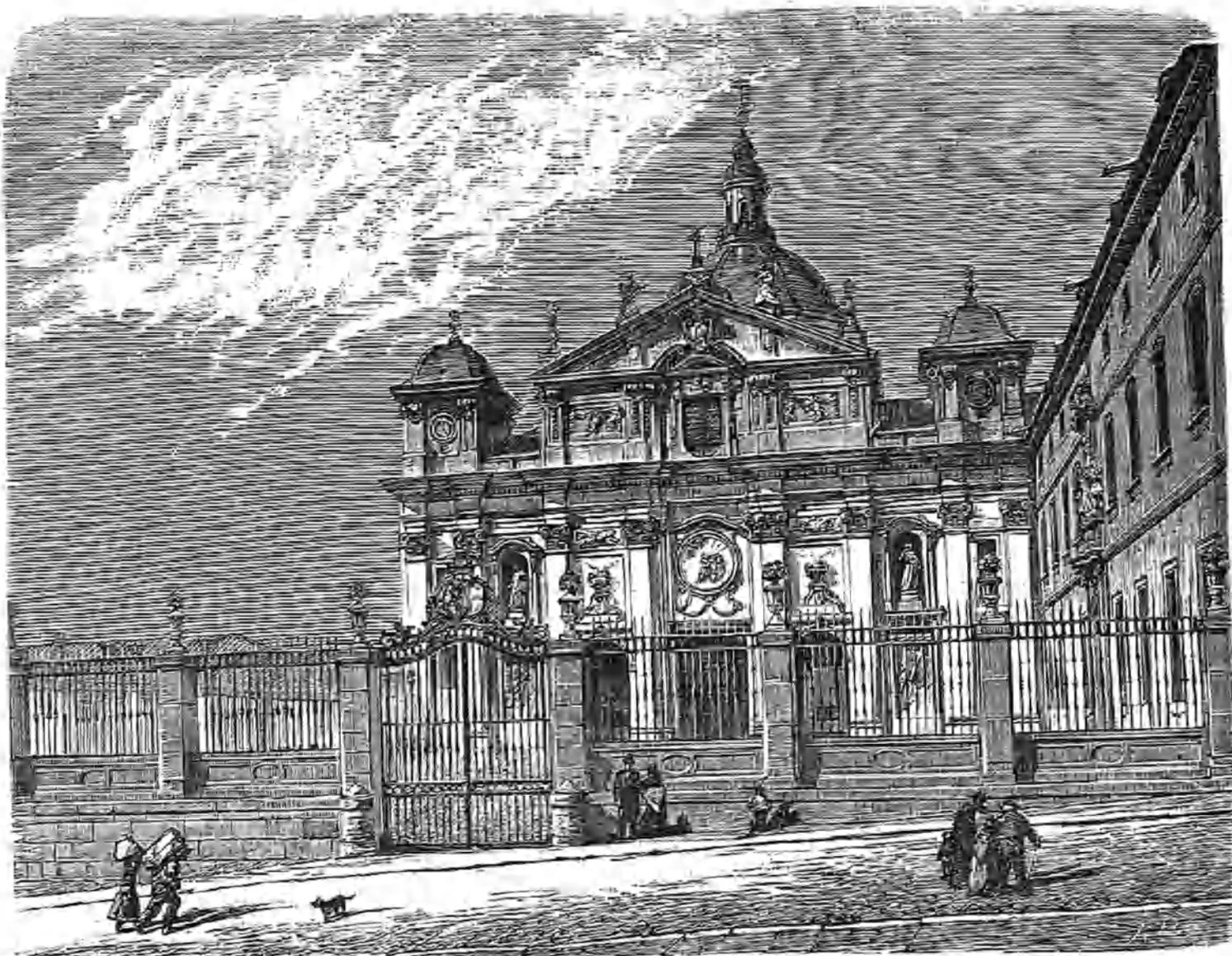
—Admirablemente.
 —¿Y la condesa? Dicen que era una cosa asombrosa.
 —Es lo que se llama de verdad una actriz verdadera.
 Adios.
 —No sea Vd. fastidioso, déme Vd. algunos detalles.
 —Imposible, me están esperando.
 —Pero, siquiera...
 —Lea Vd. la revista de Asmodeo y hasta la vuelta.

Proseguí mi paseo, y de pregunta en pregunta y de respuesta en respuesta, pude sacar en claro que los con-

saca ó política, recibir de confianza, aperebirse de... ó á raíz de la..., alquila media docena de interjecciones como ¡Ah! ¡Oh! ¡Uf! y frases como ¡la mar! y ¡sawaa! y estás del otro lado.

¡Retórica dijiste! Necesidades. Argumentos no existen ya, ni en las comedias; la idea no es, como en lo antiguo, la representación ó imagen de algun objeto, sino el objeto de aprovecharse de las ideas de otro. ¿Juicio? trómó; todos le tenemos en los talones: ¡raciocinio! que si quieres!

Lugares intrínsecos y extrínsecos, un logogrifo: pa-



LAS SALESAS REALES.

A las cinco y media cogía del brazo á mi amigo Santiago.—La escena prosigue en el mismo sitio.

—¿Qué tal la funcion dramática del domingo en el palacio de la duquesa de P...?

—Salió divinamente; primero se puso en escena un lindo proverbio de Navarrete titulado: *Quando el diablo no tiene que hacer...* La señora de Luván caracterizó con la mayor maestría su papel de viuda jóven, el señor de Raen hizo muy bien el suyo de conde atrevido y calavera, y la señorita de Shelly dijo con la mayor gracia y soltura su parte de criada maliciosa y pedigüena. El conjunto no pudo ser más perfecto y acabado.

—¿Y despues del proverbio?

—Despues del proverbio se puso en escena la comedia en un acto *Al año de estar casados*, original del Sr. de Nogués. La linda duquesa de Hajar nos hizo una Teodora inimitable, llena de gracia, de verdad y de intencion; D. Estéban Canga Argüelles, tan conocido en el mundo escénico, estuvo á la altura de su merecida reputacion, y el Sr. de Baza no desmintió la que tan justamente tiene adquirida. La representacion de esta comedia fué una ovacion completa para las personas que en ella tomaron parte y especialmente para la encantadora duquesa.

—¿Y concluyó muy tarde?

—Despues de esto se bailó un ratito, hasta la una y media de la mañana, y todos se marcharon padien-do bien.

—¡Pepe! ¡Pepe! ¿Dónde va Vd. tan deprisa?

—Haciendo despedidas; me marchó á Lóndres esta misma semana.

—Pero, hombre; espere Vd. un momento, cuénteme usted algo.—¿Cómo salieron el lunes las comedias de casa de Vilches?

des de San Luis van á dar dos grandes bailes, que los lunes reciben los condes de Superunda, los martes las señoras de Calderon, los miercoles las señoras de Ochoa, los jueves la marquesa de Arenales, los sábados varias personas y los domingos la duquesa de P...

Despues de lo cual enhebré todas estas noticias en unas cuantas cuartillas que pueden pasar por una revista, si ponen Vds. de su parte un poco de buena voluntad.

22 de Abril de 1870.

R. CHICO DE GUZMAN.

ARTE DE HACER COMEDIAS.

Tomarás papel y pluma, tinta clara y tintero chico para que nada en él se te quede. Aprenderás á escribir en veinticinco lecciones; juntarás palabritas en hileras desiguales y serán versos, ó en renglones amanzacotados y serán prosa, y en un periquete serás autor dramático, y es probado.

De un verso griego, que significa *hacer ó inventar*, dicen que vienen las palabras *poesia* y *poeta*: habla en grieco-español y cántate alumno de las musas y vate lírico y genio superabundante; haz el uso, frase gráfica, y nadie dirá que no haces algo; con la palabra inventa un cohete á la *congreve* ó una charada, y pronto pasarás plaza de haber inventado la pólvora tambien.

Gramática, ¿para qué la quieres? Con la parda tienes bastante. No importa que no conjugues ni que resueltas pretéritos y gerundios; dafus el pluscuamperfecto de la ignorancia, atiende á los artículos de primera necesidad, baraja nombres que no se hallen en el Diccionario, como *bellén*, *jilfa*, *camelo* y otros; giros como *hacer má-*

siones ó afectos, cero. Murió el amor y el odio, por lo mismo que hay mucho, anda tan repartido y tan gastado, que apenas si nos toca. De las pasiones del bien, el placer sólo en los labios.—"Tengo un placer..." "Deseo complacer á Vd." "¿Que me place!"—Y la esperanza octogenaria y decrepita ha vivido tantos años de sí misma que, para los días que la restan, no hay un desengaño-do que trea en ella.

Y nada digo de los tropos y figuras. No hay mutacion en el significado de la palabra, ni variedad en el modo de presentar los pensamientos. Al pan, pan, y al vino, vino. Las figuras más bellas son las de las bailarinas y coristas mejor formadas. Metáfora, metonimia y síncdoque, hipérbole y antonomasia, ruso, ruso puro en e teatro. Ironía, desvergüenzas, en paños menores; tono patético, caramba, carambita y carambola! y cuando más "le rompo á Vd. la crisma!"

Estilo no se estiló: el *sencillo* es muy vasto; el *medio* no no cuenta con medios; para el florido todo el año es invierno, y el sublime ¿en qué se ha de emplear? Los grandes hechos y los héroes grandes descansan en el polvo de los libros, las acciones más heroicas son las del Banco de España.

Granada, Leon, Cervantes, Ercilla, Mariana, Faxardo, Solís, Mendoza, hablaron lo que todos ya sabemos. ¿Y cómo? Con la pluma, ¡vaya en gracia! Se habla mucho mejor con la lengua del tribuno, en medio de una plaza, en un balcón ó en un pasante.

¿Historia? Dejémoslos de historias, que hartos chismes y embrollos tenemos de qué ocuparnos. Como dice *El Pobrecito Hablador*: "¿quién le ha dicho á Vd. que cuentan las historias una sola palabra de verdad? ¡Es bueno que no sabe uno lo que pasa en su casa!"

Literatura es fruta muy insípida: compónese de tales abstracciones, que no vale la pena de estudiarla. Espri-me la imaginacion con sus reglas, inútiles aquí donde la

fantasía es un torrente que se desborda. ¿Qué reglas necesita quien escribe para un país desarreglado?

¿Pues y aquella trilogía de unidades simples y complejas? Guárdense los preceptos con seis llaves. Pintura de costumbres no es posible, sobra pintura, mas costumbres faltan. ¿Qué han de copiar los pinceles?

Todas las sublimes máximas aristotélicas y las del utinense Robertelo no son capaces de crear una escena, cual la que el francés pasea por Europa para asombro de la civilización presente. Menandro y Terencio, Plauto y Tulio, insignes badlaques, ¿qué inventaron que se pueda leer como las piernas?

¡Ahí tenéis nuestra naturaleza, hija de la naturaleza y valedora. Mas quién se acuerda de ella sino cuando produce malas artes ó crimenes aborta? Alzad sobre las tablas el cadáver y colocad sobre él á los héroes, ó desciendan hasta el impúdico entremés la gloria de Carlomagno y de los númenes de Troya.

Athenes y Xenofonte, enemigos del baile deshonesto, nada han enseñado en el trascurso de los siglos; mimos, tímicos y ladrones, mantienen en su pristino esplendor, togatas y tabernarias. Que la acción sea una y no episódica, que se divida en dos partes el asunto, que la conexión se ponga consecuente, desde la primera á la última escena; que ésta no quede sola, sin personaje que hable. ¿Soberbio modo! ¿Qué es acción? te preguntan los modelos que el vulgo acoge entre risas y aplausos. Episodios serán los carros de Ubeda y por ellos anda el arte buscando conexión en la contaduría del teatro, y si la escena queda sola, pronto aparece muchedumbre que la llena de saltos, muecas, zapateos y trajes de botarga.

Hable en su tono cada cual, desde el rey hasta el lacayo, enláncense sentencias y afectos y que el recitante mude al oyente; guárdese el decoro de las mujeres y las damas no se desdigan de su nombre.

A tiro de ballesta se conoce que es cándido el papel de preceptista: donde hay comun lenguaje se habla siempre en comun, sin orden de gerarquía, y el oyente se muda en cómico para celebrar las primorosas lindes de la jorodia. ¿Puede haber más rígido decoro que el de la mujer, á quien el empresario obliga á desnudarse y ella accede para tonar con que vestirse?

Engañar el gusto sería acción villana; no cabe engaño en pechos generosos. Engañar con la verdad tampoco es fácil problema; todo el artificio de la verdad social de hoy está en no disimularla, y al espectador es sobrado listo para no descubrir el hilvan de la comedia, desde la primera escena. Queda, pues, el autor en libertad de combinar á no el plan de la comedia. Comience como quien escribe una carta á cualquier amigo. Pondrá nombrés encima de lo hablado, y á quien le toque cada párrafo San Pedro se la bendiga. En llenando media docena de pliegos *finis coronat opus* y pase de las musas al teatro.

Aristófanes de levita y guante paja, estudiando al mundo en el café ó en los bailes de Capellanas, no admite casos de honra, ni cualidad moral, ni virtudes sociales. Morder y más morder; tal es la síntesis del genio moderno, observador de la sentencia de Lope:

«¿Qué sin odio: que si acaso infama,
Ni espere aplauso, ni pretenda fama.»

¡Oh racionales aforismos! Antiguallas mandadas recoger; érenlos de hierro donde el fecundo númen se aprisiona. ¡Oh ruinas del pasado! Espíritu exclusivo; no hay límites para el pensamiento. El *wandernde* y la celebrada sal cómica francesa abren nuevos espacios á las costumbres; la escena cómica se esponja y se dilata libre de las trabas de un censor intransigente.

En el orden moral, en el político, en el hogar doméstico, allí donde la sociedad siente y palpita, está con vosotros el criterio perfeccionado del observador, del poeta y del filósofo dramáticos. Atended, estudiad y seréis aplaudidos.

Comedias para enseñanza de esposas y madres: poned al marido en ridículo y en boca de la consorte infiel cuatro coplitas. No os olvidéis de la escuela realista de *instrucciones primarias*: suu de rigor el amante y la mancha.

Para excitar el entusiasmo de las jóvenes solteras, ande el amor en caricatura: Pablo y Virginia, emblema del afecto más puro, dancen en grupo con Genoveva de Brahmante, y complisten el cuadro, rosario en mano y en el labio la blasfemia, Magdalenas arrepentidas.

Para el honor militar es indispensable un general Bumbum, y el respeto á la ancianidad, la nobleza de los años, pintadlas con las canas empenachadas de Calcas.

La generación nueva necesita tambien modelos; observad á los niños precoces en las delicias de Mabillo; tjernas criaturas, cuyos flexibles cuerpos se cimbrean

con las ondulaciones de la mimica; saltan y exageran los pasos y los movimientos, sus acciones se exceden en malicia y en torpeza. ¡Reid, reid con ella; y celebre el público ilustrado su agilidad y travesura!...

En política no hay fondo, dogma, ni doctrina. Política es la síntesis de personalidades joco-serias. Fulano que es beodo, mangano que gasta coche del erario, zutano que calla, cobra y no se pica, y perencejo casado, con cirineo ó que tiene cara de vinagre. Con tal suma de faltas reservadas cread una situación, un sistema mejor que el del Gobierno; presentenle en las tablas los consabidos personajes, tal que el vulgo los reconozca incontinenti, y triunfo conseguido.

¿Tipos? Escoged: una patrona vieja y enamorada, un hijo natural, un rey con orejas de pollino, un vasallo que dispare una coz á la testa coronada, fulleros y truanes, publicanas y genticilla ruin de entrambos seros.

¿Carácter? Con un detalle oportuno se pinta un carácter. Una dama recibe en visita á un caballero; toman asiento en un diván; la dama sepulta á su interlocutor debajo de la falda de su vestido y el teatro se estremece con el impetu del entusiasmo. En verso gacetillesco tambien se describen caracteres; ved el modelo, de éxito seguro:

—Servidor de Vd. señora:
Yo soy don Judas Solís,
Y á mí nadie me la da.
Vecino de Chambert,
Donde duermo en un jergon
Y me labo en un barril.
Tengo un tío en Bortaleza
Que se llama don Joaquín,
Gasto calcetas de lana,
Fumo pitillos de amis,
Padezco de sabañones
Y he sido guardia civil;
Señora, usted es muy guapa,
Me está usted gustando á mí,
Me hace usted tiliu, señora,
¡Vaya, me hace usted tiliu!

Risas generales interrumpen la relación.

El estilo picaresco, la galantería novisima, el discreto cómico, son una base segura para que el novel autor alcance reputación de ingenioso. Con una docena de versos quebrados de seis sílabas se sale del paso. Así es el segundo modelo. Hablan dos amantes, con *crescendo* de voces para que el efecto sea mayor:

—Te adora. —Lo dices.
—Lo siento. —Lo niegues.
—Lo juro. —No jures.
—Lo afirmo. —Me vendes.
—Eres una falba.
—Eres un aleva.
—Y tú una coqueta.
—Y tú un maquetete.
—Tonta. —Bruto.
—Animad. —Bestia.
—Huye de mi lado.
—No vuelvas á verme.
—Vete, que me cargás.
—Que me aplastas, vete.
—¿Estos son los hombres?
—¿Estas las mujeres?

Rehan á correr los actores y sacan al autor á la escena.

El chiste es de diversas especies.—Si pica interesante, si escuete ruidoso, si deprima ó insulta popular. En prosa puede decirse con mucha finura:

—Caballero, usted me revienta;
—Y usted á mí más!
—¿Está en un cuadrupedo.
—Y usted un asno. Y etc. etc.

En verso, forma el modelo número 3:

—No albedo en esa opinión.
—Me va faltando la calma.
—Yo le rompo á usted el alma.
—Y yo á usted el estornon.

El público siempre grita aquí:—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Que se repita, que se repita! ¡Qué baile! ¡Qué baile! Y si llama al autor, que cuando lo es no suele presentarse, es para que baile tambien, y si fuera posible, se pediría que bailara la esposa del poeta y los niños y la suegra y la criada y el aguador.

La acción ha de ser activa;—como quien dice;—vivo, vivo y á la calle!—Muchas personas en la escena que se muevan sin cesar, gritos, imprecaciones, garrotazos, los muebles en desorden; no se olvide que el gracioso ha de tropezar siempre, al salir ó al entrar, ó que ha de gastar sombreros formidables. Las figuras todas recargadas de tinte grotesco y estrafalario.—Cuadro de *botegon*, cóm-

pleto. Barullo filosófico-didáctico, y sobre todo, las escenas breves, la frase cortada; cada acto un abrir y cerrar de ojos; de otro modo se impacientan los oyentes.

Si no salió redondo el asunto, baganda; dóblese la dosis de escritura y póngase á la cabeza del embrollo: *problema, desfiladero, escena, solución, capricho ó disparata*, y ya se sobreentienda que nunca se pensó en hacer comedia.

Si el caso fuere dramático-sentencioso; solemnidad, rimbombancia, pausas prolongadas, mudas admiraciones, puntos suspensivos y no párense mientes en si lo que se dice, es trivialidad ó simpleza. Gravedad en la frase y en la acción del individuo; suspirar, mirar al suelo ó á las bambalinas, y los acotes que expresen perfectamente estos ricos detalles.

El pseudo filósofo cristiano repetirá muchas veces el sagrado nombre de Dios, de la Virgen y de los Santos, cuando quiera hacer efecto. En los caracteres sociales, del día, fúndense los más cultos donaires en reticencias intencionadas, aunque cedan en menosprecio de las creencias ó de la religión; no hay temor al auditorio, por muy rígido que sea: si le agrada el dicho no protestará contra el hecho, aunque se reproduzca en cien representaciones.

Con esto y forjando planes, en los que, con facilidad, se pueda suprimir ó variar de condición, si lo exige el empresario ó los actores, actos, escenas ó personajes de la obra, queda completo el sistema-manual de hacer comedias al uso; observada la barbarie en prosa y verso, la farsa del espejo social, la industria de las tablas contemporáneas, el *arte notoria*, por el que, con auxilio del *de hiri-birloque*, llega cualquier hombre que tenga tinta papel y pluma á la gerarquía de Salomon del teatro.

— FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

TRADICIONES ASTURIANAS.

MARI-CUCHILLA.

Hay en los alrededores de Oviedo, á corto trecho del paseo que se conoce por el nombre de la Silla del Rey, una mucha gruta abierta entre las rocas. Despréndese de su abovedado techo un arroyo, cuyas limpias aguas, después de bullir en su lecho de piedras, produciendo el sonoro ruido de una cascada, van silenciosamente á deslizarse tras de numerosas zarzales.

Situada la gruta en una altura, descúbrense desde sus inmediaciones paisajes animados, extensos horizontes, una vegetación fecunda, un bellísimo panorama.

En las tardes de primavera, cuando las sombrías nieblas del Norte no se oprimen abrumadoras sobre aquella naturaleza vigorosa; cuando entre el rumor de las brisas y el eco vago de los valles enajenaban mi ánimo esos acentos misteriosos llenos de melancólica armonía que, ya surgen del seno de los bosques, ya se desprenden de lo alto de las montañas, mientras el sol va extinguiendo sus rayos tras de la cumbre del Naranco; acentos que remedan, unas veces las dulces quejas de alguna hada enamorada, otras el arrullador murmullo de una fuente desconocida; bien el canto planidero del ruiseñor, bien la alegre canción de la alcega: entonces mi fantasía llegaba en rápido vuelo en busca de los recuerdos poéticos, de los cuentos fantásticos, de las tradiciones asombrosas, de las interesantísimas leyendas que allá en tiempos lejanos tuvieron origen en el hermoso suelo de Asturias.

Muchas veces, desde la entrada de la gruta, apartando mis ojos de los varios accidentes del paisaje, los fijaba como atraído por un poder tan invisible como tenaz, en los abandonados restos de una casa que, resguardada contra el tiempo y los huracanes por un espeso manto de hiedra, alzábase en el fondo de un bosque impenetrable á la luz del día, y á unos cien pasos del sitio que yo ocupaba.

Había algo de imponente en la soledad de aquellas paredes. El viento que las agrietaba, al llegar á la gruta, parecía remedar ayes de dolor, ecos de alguna pena profunda, gritos ahogados de un desconsuelo terrible.

¿Qué secreto querían revelar? ¿Por qué desde la solitaria casa del bosque traía el viento tristísimos gemidos á la gruta?

Una anciana labradora de las inmediaciones se encargó de satisfacer mi curiosidad, en ocasión en que mi preocupación por tal objeto llegara á un grado inconcebible.

Era al ponerse el sol de un día de Setiembre, y yo permanecía al pie de la gruta retenido por el miedo, mejor dicho, por el terror.

Sentíame sin acción, sin fuerzas para huir, cual si la

mano de algun ser sobrenatural se opusiera á mi voluntad. Trataba de cerrar los ojos, y sin darme cuenta de ello, fijábanse bajo la influencia de una verdadera fascinación, ya en las paredes sombrías de la casa, ya en el fondo de la gruta, á cuya entrada iban extinguiéndose los últimos rayos del sol. Parecíame ver entonces destacarse de aquel abito una forma medio humana, medio fantástica. Acercábase á mí pausadamente, y hacia estremecer todas las fibras de mi cuerpo el roce de su impalpable ropaje.

Figúrese el lector mi sorpresa y alegría al escuchar una voz dulcemente articulada en pos de aquel ruido siniestro.

Era la de la anciana á quien antes me he referido, la reveladora de esta tradición.

Venia de la ciudad por una senda próxima á la gruta, y en su apresuramiento hubo de considerar el deseo de dejar prontamente atrás aquellos tristes lugares, si no era por el contento de aproximarse á su rústica morada á dar cuenta á su familia del buen despacho que tuviera en el mercado su mercancía de huevos y leche.

Me saludó con la dulce voz de las aldeanas de Asturias, reconviéndome con respetuosa familiaridad por atreverme á permanecer á la entrada de la gruta.

Preguntéle la causa, haciendo de tripas corazón, como suele decirse, pues no había logrado aún desecher el terror misterioso que me dominaba, y la buena mujer, como preámbulo á su respuesta, se santiguó silenciosamente por tres veces.

—¡Ave María, señorito, añadió! ¿No sabe Vd. en dónde se encuentra?

—He oído contar de estos sitios algunas cosas que dan miedo, la dije por vía de exploración para mi curiosidad, porque en efecto recordaba algo de extraordinario y terrible, que durante mi niñez había oído referir á mis abuelos en las largas veladas de invierno.

—¿Es posible que se lo haya olvidado á Vd. la historia de *Mari-Cuchilla*?

—Justo, justo; ese nombre no me es desconocido. Pero es verdad todo lo que se dice de... en fin, Vd. se acordará perfectamente, y yo agradecería mucho...

—Calle, señorito, que como Dios me dé á entender, y mi memoria, ya muy ensada, me lo permita, hago cuenta de que á la de Vd. no se le vaya nunca, mientras viva, esa historia terrible, que es de tanta verdad como que nos hemos de morir.

—Pues ya soy todo oídos, amable mujer.

—Pero démonos prisa á dejar estos sitios, que por la Virgen Santísima, nuestra Señora, no quisiera que en ellos nos cogiese la noche.

—¿Qué ¡hay! algún peligro?

—Pues Vd. no sabe que alla misma... ¡Jesús...

—¿Quién? ¿*Mari-Cuchilla* se aparece? ¡Ojalá la encontramos!

—La Virgen me valga, señorito, si no cierra Vd. esa boca.

—Corriente; callaré; pero á la historia, á la historia.

Santiguóse nuevamente la buena mujer; volvió la cabeza á todos lados, sin dnda para cerciorarse de que no éranos perseguidos por *Mari-Cuchilla*, y luego que echó de ver la respetable distancia á que nos encontrábamos de la gruta, dió principio á la narración que seguidamente se expresa y que he procurado trasladar con la sencillez y exactitud con que fué referida.

«Muchos, muchísimos años se pasaron desde que vivió en Oviedo una bellísima joven, llamada María, á quien el Cielo, por maravilloso contraste, concediera unos ojos tan ardientes como dos soles, y un corazón tan frío como la nieve.

Activa, desdeñosa, había despreciado siempre á los más principales caballeros que la propusieran sus padres en matrimonio, y eso que entre ellos los había de muy gallardo presencia. Ni las ternezas mejor sentidas, ni los obsequios de merecimiento mayor lograban hacer mella alguna en su corazón empadernado.

Y sucedió que á aquella casa, que allá entre los robles se descubrió, abandonada ahora, medio destruída y cubiertas de hiedra sus paredes, vino á vivir un hombre mozo, á quien por su conducta y costumbres empezó á tener la comarca en olor de santidad, y de cuya historia no se sabía sino que había sido Freire de los Templarios, y que á la soledad de la casa se retiraba á consecuencia de las persecuciones que padecía su orden por aquellos tiempos.

Figúrese Vd. que llevaba una vida de ermitaño, y que á las horas que no pasaba en su retiro, entregado á la oración, velase en una parte ó en otra, llevando consejos y exhortos á todos los desgraciados.

Y llegó una ocasión en que María, habiéndosele ocur-

rído acudir á estos sitios á recrearse con sus doncellas, encontró al Freire cuando, despues de cumplir su acostumbrada tarea, se retiraba de la choza de uno de tantos desgraciados.—No sé si se me habrá olvidado decir que aquel hombre tenía una de las más apuestas figuras que se pueden imaginar.

El caso es que verle la orgullosa doncella y prendarse de él perdidamente, sucedió mucho más pronto de lo que el diablo debía esperar; y la que tan acostumbrada estaba á burlarse desdefiosamente del amor, quedóse esclava del ciego rapazuelo en ménos de un momento, y antes de que se lo hubiese figurado.

Y como estaba de Dios que María había de pagar á un tiempo tantos desprecios como hiciera sufrir, todos sus esfuerzos, todas las seducciones que puso en juego para rendir al Freire á sus pies, fueron completamente inútiles; y la austeridad sin ejemplo, y la santa fé de aquel mozo, á quien el Cielo sostenía, pudieron mucho más que los encantos y embalesos de María, inspirada sin duda por el infierno.

En vano usó de cuantos recursos tenía á su alcance una mujer de tan maravillosa belleza, y rica por añadidura, con objeto de satisfacer la pasión que la enloquecía. Agotáronse todos, y, al fin, aconsejada por una vieja y maldita gitana—maldita, puesto que pacto con el diablo había hecho—decidióse á venderle también su alma, en trueque de la realización de sus amorosos pensamientos.

En consecuencia, y hechos por la gitana unos conjuros espantosos, apareciósele á María el mismísimo Lucifer, para que con la sangre de sus venas firmase un contrato que la presentó, con las condiciones del trueque.

«Aquí tienes, la dijo, entregándola una cuchilla: tómala en cumplimiento de nuestro pacto: cuando el gallo haya cantado por vez primera, coge al hermano tuyo, que dormirá en la cama, lívala á la cueva del bosque que rodea la morada del hombre á quien adoras, y allí, sin compasión—¿me entiendes?—sin compasión alguna, lo degitillas. Házlo así, y á la mañana siguiente verás rondido á tus pies, implorando tus favores, á quien tanto hasta ahora los ha resistido.»

Dijo Lucifer, y desapareció en una nube de llamas, dejando la cuchilla en las manos de María.

Y ella no vaciló en obedecerle, que á tan horrible locura la arrastraba ciegamente su infernal pasión.

No tardó en llegar la noche, su extremo tormentosa. El cielo aparecía como ardiendo; pero sus vivísimos resplandores no llegaban á iluminar las tinieblas del alma de María, por más que los contemplaba, puesta de codos á una ventana de su palacio, sin sentir las gruesas gotas de agua que, al impulso del vendaval, azotaban su rostro con frecuencia.

De pronto se estremeció. Acababa de oír el canto de un gallo, y, aunque sobrecaltada, corrió en busca de su inocente hermanito, que dormía en la cama hermosamente, y armándose de todo el valor que el diablo le prestaba, cogióle entre sus brazos, y apresuróse á llegar con él á donde el maldito la mandara.

Y cuántase que la sirvieron de guía, en medio de la oscuridad de la noche, los fatídicos e inocentes graznidos de una bandada de buhos, grajos y urracas que á las puertas del palacio la aguardaban.

Una siniestra animación encontraba en todos los objetos de su camino, y hasta el viento remedaba entre las ramas secas de los árboles los postreros gemidos de un moribundo, y las piedras eran removidas por manos invisibles, produciendo ruidos de amenaza.

Al llegar á la entrada de la cueva paróronse las aves en los árboles vecinos, sin cesar su sus fatídicos chillidos, y como contenidas por el aspecto de un enorme buho, de ojos lo mismo que áscuas; el cual, sobre la piedra en que había de cumplirse el sacrificio, abrió sus inmensas alas, al aproximarse María, y desapareció, arrojando un grito parecido á una castrada, grito que fué repetido por todos los ecos de los contornos.

Con prontitud, con resolución, la joven colocó sobre la roca á su hermanito, todavía dormido, y sin vacilar ni un instante, sin que su seno se estremeciese, á un sólo golpe de la cuchilla le separó la cabeza del tronco.

Había llegado á este extremo, había cometido el crimen sin conciencia de lo que hacía, obedeciendo ciegamente al poder misterioso y terrible. Pero ¡ah! la tibia sangre, que al sentir sus manos salpió su rostro, la obligó á volver en su acuerdo, sola encontrándose en aquellos sitios, pues hasta las aves que la guiaban habían desaparecido. Vió el sangriento cadáver de su hermano al fugir de una llama de origen desconocido; volvió á mirar aquel tronco mutilado; parósele que los ojos de aquella infantil cabeza salían de sus órbitas fulminando rayos de venganza, cuando en realidad la contemplaban

demandando perdón para ella, la fratricida, con la sonrisa de los ángeles, y poseída de un terror vertiginoso intentó lanzarse fuera de la cueva; mas su planta tropezó con el endáver, y la infeliz cayó, dando un grito sobrehumano y rodando exánima sobre el rojo pavimento.

Pero el Cielo velaba por ella en aquel antro del infierno. Volvió de un desmayo y lo primero que sus ojos vieron á la impresión de la luz fué el objeto de su insensato amor, el Freire, que la contemplaba tan piadoso como severo. Y el eco primero que llegó á sus oídos fué la voz austera del virtuoso solitario con cuyas caricias soñara.

—María, la decía, ¿qué has hecho de tu hermano?

—¡Perdón, perdón! balbuceó ella, de hinojos postrada y elevando al cielo sus manos.

El arrepentimiento había llamado á su alma, purificando á su corazón. María ya no miraba entre ella y aquel hombre nada más que á la virtud iluminada por un reflejo de la piedad del Cielo. El Freire continuó:

—Escucha: reposaba esta noche mi espíritu, en calma y desconado, á tiempo que el ángel de mi guarda descendió á decirme que en esta gruta iba á cometerse un crimen espantoso, cuya causa principal, aunque involuntaria, era yo mismo. En mi desvelo y sobresalto contaba los momentos que á evitarle me aproximaban. Pero, por más que corrí presuroso, el demonio se interpuso en mi camino, haciéndome llegar demasiado tarde. Tarde, si; mas nunca es tarde, María, para el arrepentimiento. Hé aquí lo que el ángel me ha dictado, de orden de Dios: tú, María, pasarás la vida en penitencia sobre esta peña, y no te serán perdonadas tus culpas hasta haber desaparecido las manchas de sangre que la cubren.

Y el Freire, acto continuo, tocó en la roca con su báculo, y de ella brotó un arroyo que desde entonces corre obstinadamente sobre su superficie, y aún no ha acabado de lavar sus rojizas manchas.

—Adios, María, exclamó despues aquel hombre ejemplar, aquel santo, despidiéndose. Ya no volveremos á vernos en la tierra. Desde mi retiro elevaré al Cielo mis oraciones para que te acoja en su seno.

Y se alejó, perdiéndose bien pronto el eco de sus pasos en el bosque.

María se arrojó al suelo sollozando; sumergió en el arroyo su abrasada frente, y el arroyo agradecido le devolvió su imagen reanimada por la esperanza del cielo. Pero ¡ay! ¡qué transformación! La peregrina hermosura de su semblante había desaparecido bajo las profundas arrugas de la vejez, y sus cabellos, rubios como los rayos del sol de los amores, se habían teñido de la nieve del tiempo y del desengaño.

En una noche sola había pasado María de los albores de la juventud al ocaso de la vejez.

Desde entonces fué su vida la oración y la penitencia. Hubiérasele tomado por una santa, si de vez en cuando no la encontraban los campesinos ocupada en raspar con la fatal cuchilla, y entre acusos de rabia, las profundas manchas de la piedra.

Se desconoce la época de su muerte y hay quien opina que no ha muerto, y aún quien asegura haberla encontrado alguna noche ocupada en su furiosa tarea...

Tal es la narración que escuché de los labios de la anciana, fielmente trascrita en sustancia y con ligera variación en la forma.

Sólo me resta añadir que, impulsado por la curiosidad, y no del todo exento de terror, penetré, al día siguiente de haberla oído, hasta el fondo de la gruta, y logré encontrar aquellas manchas indelebles, de un rojo oscuro.

Incrédulos habré que las atribuyan otro origen; pero yo me atengo al dramático y terrible que hace temblar y santiguarse á los sencillos campesinos de la comarca.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL.

SUCESOS DE BARCELONA.

LEVANTAMIENTO DEL PUEBLO FIDELMENTE LA ABOLICION DE LAS QUINTAS.

Los dolorosos acontecimientos que últimamente han tenido lugar en Barcelona, son demasiado conocidos por relación de todo el mundo para que nosotros nos detengamos á referirlos; ni tampoco cumple á nuestro propósito juzgarlos bajo un punto de vista político cualquiera. Objeto de acalorados debates en el Parlamento y la prensa, caliente aún la sangre vertida por uno y otro lado, no es todavía tiempo de que la severa razón histórica venga á exigir á cada cual la parte de responsabilidad que pueda caberle.

Merced á la colaboración de uno de nuestros más ac-

tivos é inteligentes correspondientes artísticos de provincias, el Sr. Pellicer, podemos llenar hoy cumplidamente la misión de un periódico ilustrado, ofreciendo las pintorescas é interesantes escenas tomadas de un croquis del natural, que explican estos acontecimientos, y á los cuales señalamos un lugar preferente en nuestras columnas.

MODAS.

Sacude la primavera su trasparente manto, y los campos se esmaltan de flores; ris, y los cielos y la tierra copian su bella sonrisa: todo renace, y todo cobra vida y esplendor.

Las telas reflejan tambien la animacion de la naturaleza: los tejidos ligeros, los tintes claros, han sustituido á las pesadas sederías del invierno: la faya, el paño de Francia, el gros y el raso, dejan el sitio al tafetan de Italia, á la granadina de seda y al saten de Oriente, que son á la par flexibles y de larga duracion.

Ofrecen gran novedad los dos que presenta nuestro grabado; es el primero un traje de primera comunión, para niña de once á doce años, que consta de una falda de muselina ó linon, redonda y adornada de cuatro plegados colocados á distancias iguales: el primero guarnece el borde de la falda; ésta tiene todos los paños cortados al hilo, y presenta un vuelo moderado; todos los plegados se hallan sujetos en el centro por una tira bordada y cosida á dos puntos; cada plegado se compone de dos volantes tabreados, más ancho el de la parte inferior, y la mitad de estrecho el de la superior.

Cuerpo liso, adornado de grandes faldones redondos y guarnecidos de un plegado semejante á los de la falda; las mangas, casi ajustadas, llevan plegados iguales, y lo mismo el cuerpo en el escote, y formando tirantes.

Cinturon de muselina con gran lazo detrás; gorra de tul de ilusión y gran velo de lo mismo; guantes y zapatos blancos.

El viso ó transparente de este traje debe ser de foulard blanco, tela que hace el mismo efecto que el gros ó el tafetan, y que es mucho más barata; el devocionario de nácar.

La segunda figura presenta el traje propio de la madre de la niña que se va á acercar por primera vez á la sagrada mesa: es un elegantísimo vestido de punto de seda, color de almendra, suave y delicioso matiz que acaba de aparecer en el horizonte de la moda.

La falda tiene un poco de cola, y está adornada de un ancho volante, que lleva un bullon por cabeza, á cuyo pié va cosido un rizado, todo de la misma tela.

Túnica con bieses sobrepuestos, y colocados formando picos redondos por delante, y perpendicularmente por detrás; una rica franja guarnece el borde de esta túnica, que se halla levantada á los lados con lazos de pasamanería terminados por borlas.

El cuerpo es alto, y cerrado con botones y ojales; un bias y un volantito al borde forman escote cuadrado, ó más bien redondo, en la parte inferior, guardando por detrás la misma forma; las mangas son ajustadas, y están adornadas de bieses y volantes, describiendo un alto puño.

Cuello y puños interiores bordados.



MODAS.

Sombrero muy alto de faya azul, en forma de toca ó gorra redonda: un ramo de plumas blancas y grises le adorna: un rizado de faya, cerrado en el centro por un lazo, forma collar y sirve de bridas: por detrás cae un velo cuadrado de crespón blanco.

Solucion del geográfico publicado en el número anterior:
A REY MUERTO REY PUESTO.

M. SINUÉS DE MARCO.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

BASES DE LA PUBLICACION.

LA ILUSTRACION DE MADRID se publica los dias 12 y 27 de cada mes.
Cada número consta de 16 paginas, con grabados exclusivamente españoles, intercalados en el texto.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—Oficinas, Plaza de Matute, núm. 5; Tabacquería de las Contrabandas, librerías de Escribano, Sanchez Rubio, Durán, San Martín, Gaspar y Roig y almacén de papel de Barrio, Corredera Baja, núm. 25.
PROVINCIAS.—En las principales librerías.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.	
Tres meses.	52 reales.
Medio año.	97
Un año.	180
EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	56
Seis meses.	97
Un año.	180
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	97
Un año.	180
AMÉRICA Y ASIA.	
Un año.	240
Cada número suelto en Madrid.	4

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

A los que se suscriben á LA ILUSTRACION y á EL IMPARCIAL, se les hará una rebaja importante con arreglo á la tarifa siguiente:

EN MADRID.	
Tres meses las dos publicaciones.	98 reales.
Medio año.	152
Un año.	290
EN PROVINCIAS.	
Tres meses.	100
Medio año.	160
Un año.	290
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Medio año.	160
Un año.	290

NOTA. No se servirá suscripcion alguna cuyo pago no se haya anticipado en metálico ó sellos de correos.
Agente exclusivo en las islas de Cuba y Puerto-Rico, la empresa de La Propaganda Literaria.